

# La Ilustración Artística



# Artística

Año XXI

← BARCELONA 26 DE MAYO DE 1902 →

Núm. 1.065



ATENEU DE  
BIBLIOTEC  
MADRID

RETRATO DE LA ESPOSA DEL PINTOR FRANCISCO STUCK, pintado por este artista.

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea. Una fecha*, por Emilia Pardo Bazán. — *El pintor suizo Eugenio Burnand*, por H. R. — *Recuerdos de la edad del pavo*, por Ricardo J. Catarineu. — *Las fiestas de la jura de S. M. el rey D. Alfonso XIII*, por X. — *Nuestros grabados.* — *Problema de ajedrez.* — *La dote de Pascualina*, novela ilustrada (continuación). — *Los juegos florales de Colonia (Alemania)*, por Juan Fastenrath. — *Monumento a la reina Victoria en Calcuta.* — *Ferrocarriles eléctricos en Milán.* — Libros recibidos.

**Grabados.** — *Retrato de la esposa de Francisco Stuck*, pintado por este artista. — Catorce vistas fotográficas de las fiestas celebradas en Madrid con motivo de la jura de S. M. el rey D. Alfonso XIII. — *Eugenio Burnand.* — Dos dibujos de E. Burnand. — *Un labriego.* — *San Juan y San Pedro ante el sepulcro abierto del Salvador.* — *Huida de Carlos el Temerario después de la batalla de Morat.* — *El pastor.* — *Invitación a la fiesta*, cuadros de Eugenio Burnand. — *La sardana*, cuadro de Juan Brull. — *La tarde*, cuadro de Max Klinger. — *La princesa Federico de Sajonia-Meiningen.* — *Monumento a la reina Victoria de Inglaterra*, obra de Jorge J. Frampton.

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

#### UNA FECHA

No se puede hablar en estos momentos sino de las fiestas, y claro es que las opiniones andan divididas, y que unos lo ven todo de color de rosa y otros todo negro. Procuremos colocarnos en el ápice de la realidad, y examinar esta cuestión con un espíritu de justicia.

\* \*

Lo primero de todo, yo reconozco que en estos festejos hacen el gasto la percalina, el cinc y el cartón. Los leones, castillos y figurones de la Carrera, los osos del madroño (que fué preciso retirar), los arcos de triunfo y en general todos los artilugios erigidos estos días en la villa y corte de Madrid para ornato, gala y señal del regocijo de su vecindario, son de los materiales menos sólidos y resistentes; cuando llueve se ablandan y destiñen, y si lloviese tres días seguidos se los llevaría la trampa. ¿Pero es que esto no sucede en todos los casos análogos? ¿Se van a emplear mármoles, bronce, sedas y terciopelos para lo que apenas durará cuanto dura una rosa?

Lo único que me parece muy de desear, es que los armatostes de madera destinados a tribunas, graderías, palcos, etc., sean sólidos y firmes y no nos den un disgusto. Cuando veo tanta madera negruzca, apollillada y vieja, que va a servir para aguantar el peso de tanta gente, de tantos cuerpos humanos, de tantos kilogramos de carne y hueso, me entra terror. A ver si ocurre aquí algo parecido al derrumbamiento del puente del Arno, que inspiró a Dante su *Divina Comedia*, ó para no buscar en tiempos tan remotos como el siglo XIII ejemplos, algo análogo a la reciente catástrofe acaecida en una de esas plazas de toros que se arman con cajones de pasas y luego se desbaratan en un segundo.

\* \*

Y mientras Madrid se adorna y empavesa por todas partes, ostentando colgaduras más ó menos ricas y bellas, no pocas de zaraza y coco encarnado y amarillo, las menos blasonadas, con el carácter de los antiguos reposteros, la gente anda aturdida, loca, hecha una devanadera, en busca de *billetes*. ¡El billete! Esta palabra mágica es la que suena en todas las bocas y retiembla en todas las ondas del aire: esta palabra es el misterioso talismán que abre las puertas; talismán de cartulina con letras de purpurina... Billetes para la jura; billetes para los toros; billetes para las inauguraciones; billetes para el teatro Real y el Español, en los días de gala; invitaciones para palacio y los jardines del Campo del Moro; invitaciones para esto, aquello, lo otro y lo de más allá..., esto es la pesadilla del que ha venido para asistir a los festejos de la jura, tal vez desde un rincón de España, y encuentra que, sin el talismán de cartón, no puede ver más que los adornos, de cartón también, de las calles y las plazas, y las atracciones de la feria del Retiro, que promete ser lo más animado, popular y espontáneo de cuanto aquí se va a celebrar.

Es por lo menos lo que se hizo sin carácter oficial, por buena voluntad de las Sociedades y Centros y de las industrias particulares. En tal sentido, es sincera la animación y alegría que revelan aquellos

vistosos barracones y aquellas instalaciones más ó menos precipitadas, en las cuales se venderá y se exhibirá cuanto puede venderse y exhibirse sin faltar al decoro.

Nos hemos vuelto muy exigentes, muy quisquillosos, muy refinados en todos los terrenos. Antes, con cuatro tablones pintorreados se satisfacía el buen público. Ahora, se pide hasta elegancia a esas construcciones de un día; hasta belleza arquitectónica a tan efímeros edificios.

\* \*

Vuelvo a coger la pluma después de haber presenciado el desfile de la regia comitiva en dirección al Congreso para la ceremonia de la jura. Plumas ágiles y acostumbradas a la instantaneidad de la prensa han descrito esa solemnidad pocas veces presenciada. Y debo añadir que es de las que tientan a la pluma a describirlas. Más bien que en la crónica, en la novela, donde cabe todo el detalle vivo y pintoresco de una página semejante, cabría intercalarla, después de cincelarla finamente.

El día era espléndido. Después del crudo invierno y de la desapacible y agria primavera que hemos sufrido, acaso por primera vez el cielo se mostraba de un azul purísimo, sin la esfumadura de una nube, y el sol derramaba prodigamente luz y calor, no tanto que fatigase, sí lo bastante para animar y alegrar el aire y encender un rayo de fuego y oro en las telas amarillas y encarnadas que decoraban las tres cuartas partes de los balcones. Yo pensaba para mis adentros qué sería si el rey Alfonso XIII nace en diciembre ó en cualquiera otro de los meses feos y rigurosos del año. Mayo es un buen padrino, un patrono risueño y dulce. — ¿Y si, por ejemplo, nace en agosto el rey? ¿Qué fiestas de la jura iban a celebrarse, cómo y dónde?

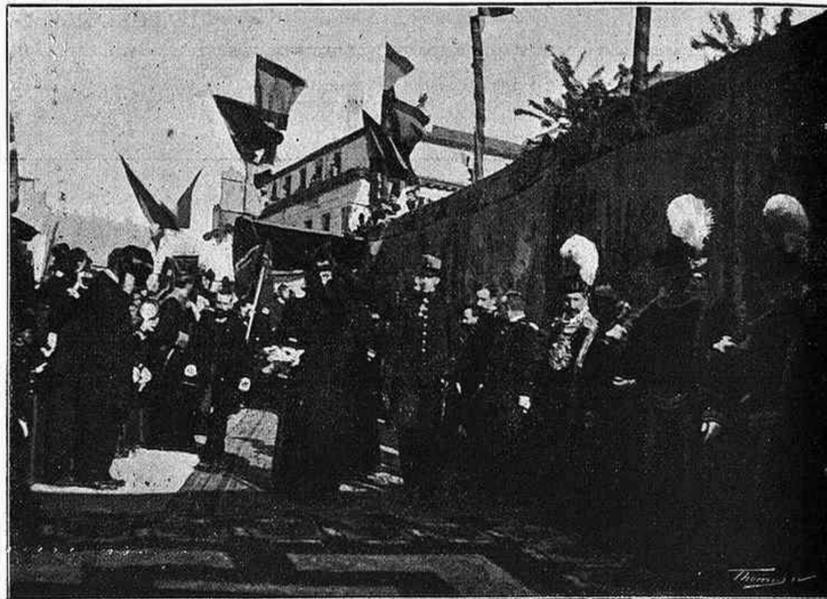
Ello es que nació en mayo, y lo que nace en mayo trae ya su corona de flores, en vez de las duras espinas y las secas y mustias hojas que ciñen a otros meses. Y mayo — que al principio de sus treinta días venía tan desapacible que marcaba 2º bajo cero a la sombra — quiso, en honor de su ahijado, desarrugar el ceño y tender su manto de gasas doradas para prestar alegría a este Madrid que tan laboriosamente va convirtiéndose de destartado poblachón, «el más grande de Castilla», en moderna ciudad.

La comitiva, como un río de curso lento y majestuoso, bajaba por la Carrera de San Jerónimo, allí donde se ensancha y ya parece una vía moderna, y cegaban los resplandores de tanto bordado, entorchado, diadema, collar, el flotar imperceptible de tanto plumero blanco coronando los sombreros de gala, el brillo de tanta guarnición de plata y oro, la vistosa combinación de tanto color limpio, vivo, intenso, en telas nuevas y flamantes. Todo ello tenía ese aspecto Carlos IV, esa seriedad fastuosa y algo amanerada, que nos trajeron los Borbones franceses. Y es que a esa época corresponden las carrozas de corte en su mayor parte, las libreas, las guarniciones, los penachos. Quizás en ningún tiempo se supo combinar mejor la pompa decorativa con la elegancia y la delicadeza. El lujo de ese tiempo, a la *Federica*, ya no es el bárbaro derroche de la Edad media, con contrastes de opulencia y miseria, ni la artística y pagana ostentación del Renacimiento. Es un minueto correctamente bailado, con finuras y solemnidades palaciegas — y nuestra época no ha sabido inventar nada mejor para el asunto.

Las carrozas, en su forma, tienden todas a ese estilo Carlos III y Carlos IV, con curvas aparatosas y adornos de artística gracia, *vernís Martin*, ó incrustaciones de oro sobre la concha. Interiormente, el *capitoné* de raso ó seda brochada *Pompadour* sirve de camarín a las damas ataviadas regamente, a quienes vemos como en un relámpago de blancuras de raso y de fulguraciones diamantinas. Los caballos llevan un paso acompasado y digno, como cortesanos penetrados de su importancia. También en su pelaje castaño ó gris de plata ríela el sol, y

sus ancas gruesas, lucias y limpias, parecen vestidas de tela de *moirée*. El ruido metálico de las guarniciones se percibía entre el rítmico golpe de los cascos sobre el pavimento. Los grandes penachos de plumas oscilaban blandamente, con gentil balanceo.

La gente repetía nombres augustos: «Ahí va la infanta Isabel... ¡Aplaudirla!.. Ahora los príncipes de Asturias... La infanta Eulalia... ¡Qué bonita! ¡Qué cara tan encantadora! El coche de respeto... ¡Ahora los reyes! El rey va emocionado... — No, va sereno... ¡Ay, la infanta María Teresa!.. ¡Qué simpática, qué mona!..» Los diversos matices del sentimiento que despiertan tan altas personalidades se revelaban en estas diversas exclamaciones. ¡Qué cantidad de flui-



MADRID. — LAS FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. — El rey en la ceremonia de la colocación de la primera piedra de la escuela que ha de construirse en La Florida (de fotografías de J. Cao Durán).

do psíquico desarrollan los reyes y las personas colocadas en muy alta situación! Si ellos supiesen el alcance de esta fuerza formidable de que disponen, la aprovecharían. Una palabra, un gesto, un movimiento, es *energía* positiva en un rey. Aun en momentos de tal decadencia para la idea monárquica como fueron los de la plenitud de la Revolución francesa, la sonrisa de una regia boca transformó en un instante los sentimientos de un acendrado revolucionario...

\* \*

Yo pensaba en eso: es un problema muy curioso de psicología, que me ha preocupado siempre. — Sostengo una paradoja: no necesita un rey constitucional gobernar bien, pero necesita siempre ¡sonreír! Y su sonrisa, y su amable gesto, y la dulzura de su mirar, son un arma, más poderosa que los cañones y los fusiles. — La multitud se adelanta a los sucesos, y adivina y comenta hasta las intenciones de las personas reales: llega al extremo de compadecerlas, de sentir sus menores contrariedades, de ofrecerles el bálsamo del cariño si cree que sufren, y ¡aunque no sufran! Ahí está el caso de la infanta María Teresa, que ciertamente, rodeada del amor de los suyos, en la primavera de la vida, en tan elevado lugar, no puede ser más que venturosa. Pues bien: hay en el pueblo madrileño un instinto romántico y una necesidad tal de emoción, que se ha dedicado a manifestar una piedad tierna a la dulce niña, y la llama afectuosamente «la pobre infanta Teresa...»

\* \*

Y mientras yo pensaba en esto, la comitiva desfilara, el raudal de luz y esplendor descendía hacia el Congreso, bajo cuyo gigantesco baldaquino rojo iban a bajarse de sus carrozas los personajes llenos de entorchados y las damas nimbadas de tul y prolongada la figura por la inmensa cola del traje de gran etiqueta. — Y nadie, nadie sospechaba que justamente frente a los balcones desde los cuales presenciábamos el desfile, en el portal que veíamos abrirse a tantos metros de distancia como es el ancho de la calle, había encontrado la autoridad hacía un par de horas el depósito de cartuchos de dinamita que, a ser lanzados allí, nos hubiesen costado probablemente la vida...

Y mejor era ignorarlo. ¿Quién existiría si todo se supiese ó se presintiese?

La inconsciencia es el eje de nuestro espíritu.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL PINTOR SUIZO EUGENIO BURNAND



El famoso pintor suizo Eugenio Burnand nació en Moudon (cantón de Vaud) en 1850 y se educó en el gimnasio de Shaffhausen hasta que en 1868 entró en el Politécnico de Zurich, en donde estudió la carrera de arquitecto, que terminó en 1871. Pero su afición decidida á la pintura le hizo abandonar su profesión y entrar en el taller de Bartolomé Menn en Ginebra. Este artista, hombre de ilustración vastísima y de ideas en extremo originales, discípulo de Ingres, cuyos severos principios no sólo supo



EUGENIO BURNAND

mantener, sino que además trató de ampliar, le hizo comprender desde luego la importancia esencial del dibujo en el arte pictórico, con lo que sentó la base fundamental del modo de ser de Burnand.

En 1872 fué el joven pintor suizo á París, en donde tuvo por maestro á Gerome en la Escuela de Bellas Artes. Allí admiró las obras de los grandes artistas que en el Louvre se con-

servan, entre las cuales excitaron su entusiasmo las de Rembrandt, Rafael y los primitivos. Hizo frecuentes excursiones al Sur de Francia, pasando casi todos los veranos en la propiedad que sus padres tenían en Sepey, junto á Moudon. Aquel apacible retiro con sus prados y sus bosques, aquellas pintorescas aldeas casi ocultas entre árboles frutales, le ofrecieron abundantes asuntos para sus cuadros. En Provenza trabó amistad con el famoso poeta Mistral y concibió la idea de ilustrar el magnífico poema de éste, *Mireio*. Durante el período de sus estudios en el taller de Gerome dibujó mucho para libros y periódicos, publicando en la importante revista «L'Illustration» notables dibujos que representaban generalmente escenas de la vida popular parisiense.

En los años de 1876 y 1877 residió en Roma, estudiando y admirando sobre todo las Estancias de Rafael, que le entusiasmaron por la intensidad del sentimiento religioso y por la belleza y armonía de expresión.

Después de su matrimonio, verificado en 1878, residió varios años en Versailles, en donde concibió la idea de su cuadro *La época de Luis XIV*; pero del mismo modo que este lienzo no llamó mucho la atención sobre el talento del artista suizo, tampoco fué Versailles el lugar en que más se desarrolló este talento. Suiza y el Mediodía de Francia fueron los países en donde más amplio vuelo tomó el arte de Burnand, quien desde hace mucho tiempo pasa en ellos su vida, residiendo durante el verano en medio de las montañas suizas y durante el invierno en una quinta rodeada de jardines y situada en los paradisíacos alrededores de Montpellier.

Es verdaderamente notable la influencia que en las manifestaciones artísticas de Burnand ejercen respectivamente las dos distintas comarcas entre las cuales divide su existencia. Cuando vive en Suiza, siéntese dominado por aquella naturaleza grandiosa y pinta las deslumbradoras cumbres de sus nevados montes, sus bosques sombríos, sus verdes praderas; y fuera de Segantini, ningún otro artista ha sabido reproducir como él la grandiosidad de la naturaleza alpina, el aire puro y límpido de las altas montañas, los vastos panoramas que desde las cimas de sus cordilleras se dominan; y cuando vive en Provenza traslada al lienzo aquellos paisajes bañados de luz,

aquellos vergeles deliciosos, aquellas poéticas colinas.

Mas no satisfechos sus anhelos artísticos con estos géneros pictóricos y movido por cierto sentimiento religioso, dedicóse casi involuntariamente á pintar algunos cuadros bíblicos, entre los cuales merecen citarse el *Hijo pródigo*, *Los apóstoles San Juan y San Pedro ante el sepulcro abierto del Salvador*, *Cristo en oración*, *Invitación á la fiesta*. De suerte que el pintor realista convirtiéndose en la tierra de los trovadores en simbolista y ferviente religioso, con la particularidad de que los lienzos simbólico-religiosos, especialmente los últimos, están pintados de muy distinta manera que los que un par de meses antes había producido en Suiza. Este dualismo es una de las características de Burnand, el cual al cambiar de temas se transforma, por decirlo así, en otro artista en cuanto á la factura.

Burnand comenzó en 1878 pintando su *Pompa de aldea*, un cuadro lleno de vida y movimiento que figura en el Museo de Neuchatel; en 1882 pintó la *Granja suiza*, que en cierto modo es una alegoría de aquel país; en 1883, *La vejez de Luis XIV*; en 1884, el *Toro de los Alpes*, hermoso paisaje montañoso; en 1885, el *Cambio de pastos*, que está en el Museo de Berna; en 1886, *El segador*; en 1887, *El huerto de frutales*; en 1888, *El descanso*; en 1889 el *Regreso de los rebaños*, que se conserva en el Museo de Basilea; en 1890, un cartel anunciador de la casa Nestlé que ha sido universalmente admirado; en

dro decorativo *Grupo de lansquenets*, y en 1898 *El pastor*, que es un bellissimo problema de luz admirablemente resuelto y que con algunos excelentes retratos constituyen las últimas obras realistas de Burnand.

Estos cuadros, como se comprenderá, no son todos los que Burnand ha pintado durante su carrera, sino los que más han llamado la atención: algunos de ellos los reproducimos en las páginas del presente número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Como dibujante no es menos notable que como pintor, y sus ilustraciones de «Mireio» de los «Cuentos» de Daudet, de las «Leyendas de los Alpes Valdenses» y de varias obras de Georges Sand y Urbano Olivier son trabajos dignos de las mayores alabanzas.

Lo que distingue principalmente á Burnand como artista es su sinceridad. Sus concepciones, con excepciones muy contadas, están tomadas del natural, y hasta en aquellas que tienen un fondo de idealismo se advierten sus tendencias realistas. Es ante todo un pintor del aire libre, y algunos de sus cuadros reproducen de una manera tan intensa la luz de un día claro, que el que los contempla cierra involuntariamente los ojos; las obras de este género serán siempre documentos interesantes de la pintura en *plein air*.

La significación y el efecto de sus lienzos están generalmente subordinados al paisaje que les sirve



Dibujos de Eugenio Burnand

1892, junto con otros dos artistas, el famoso panorama de los Alpes berneses que todavía se admiró en la última Exposición Universal de París; en 1894, *Un labriego*, el *Descanso del pastor* y *La fuga de Carlos el Temerario después de la batalla de Morat*: de este último ha dicho el eminente crítico Hermann Grimm que debía llamarse simplemente *La fuga*, porque va mucho más allá del caso histórico que reproduce y contiene todo lo que la palabra *fuga* puede representar. En 1895 pintó su magnífico cuadro *Los Alpes berneses*, vistos desde St. Beatenberg, cuya aparición coincidió con la de su primera tentativa en la pintura religiosa, *San Francisco de Asís bendiciendo las ovejas*, que ejecutó en Fontfroide, cerca de Montpellier, donde ha pintado también sus demás obras de ese género. En el mismo año produjo el *Encierro del rebaño*; en 1896, el cua-

de fondo, aun cuando Burnand tiene aptitudes sobradas, como en varias ocasiones ha demostrado, para dar vida individual á sus figuras. La mejor de sus obras dentro de este género es el cuadro colosal que antes hemos citado, *La fuga de Carlos el Temerario*, que es tal vez la única inspirada en un gran espíritu histórico que el *pleinairismo* ha producido: el contraste entre la selva silenciosa iluminada por el sol y el grupo de jinetes que la atraviesa siguiendo al vencido caudillo borgoñón, en cuyo rostro se reflejan por modo admirable el furor y el deseo de venganza, produce una impresión hondísima.

Diremos para terminar que en la historia del arte contemporáneo el nombre de Burnand figurará dignamente al lado del de Arnoldo Böcklin como uno de los más grandes pintores de la escuela suiza. - H. R.

## RECUERDOS DE LA EDAD DEL PAVO

Juntos iban Pedro y Juan por la carretera.

Ya no eran niños, y ¡ay del que les hubiera dicho que aún no eran hombres!

¿Por qué no creérselo?

Mundo, demonio y carne dábanles el primer latigazo enérgico y ardiente.

Cuando levantaban los ojos al cielo, ya no buscaban tras de él ángeles blancos y azules.

Si miraban á los campos, no sentían ya el anhelo de echar el sombrero sobre las mariposas, ni de prender entre los dedos las brillantes patitas del saltamontes.

Las niñas resistíanse á besarles.

Los más empingorados caballerós les decían adiós con la mayor solemnidad.

Las señoras contestaban á sus sombreros con inclinaciones de cabeza.

Los muchachos de veinticinco y treinta no vacilaban en pasear con ellos, ofrecíanles cigarros ó se los pedían, y no escatimaban un codazo cada vez que pasaba cerca una mujer hermosa, para decirles picarescamente: «¡Vaya una hembra!»

No sólo fumaban, no sólo hablaban de mujeres, no sólo se ruborizaba un poco la doncella en su casa cuando la miraban demasiado.

Había algo más, y algo más grave. ¡Tenían novia! Pedro y Juan iban al teatro, y allí cambiaban miradas con sendas chicuelas.

Escribían cartas de cariño y recibían contestaciones muy zalameras.

En la cartera guardaban un retrato chiquitín y un rizo de cabellos fragantes.

Entre las hojas de la *Metafísica* y de la *Historia de España* conservaban rosas y pensamientos disecados.

Paseaban la calle, haciendo el oso, metiéndose en los portales cuando algún conocido se detenía y para no llamar demasiado la atención.

En fin, eran felices...

Y separando con la mano las cañas de los maizales enhiestos y casi entretreídos, tumbáronse ambos á lo largo sobre la tierra húmeda.

No lejos del mar, llegaba á su oído el soñoliento rumor de las mansas olas.

Los grillos chillaban con estridente monotonía.

El viento convertía cañaverales y arboledas en instrumentos de música melancólica.

Los ruisiñores daban ya las buenas noches, recordando así ser gente formal, que se acuesta temprano.

¡El decantado silencio del campo es una de tantas mentiras de los poetas!

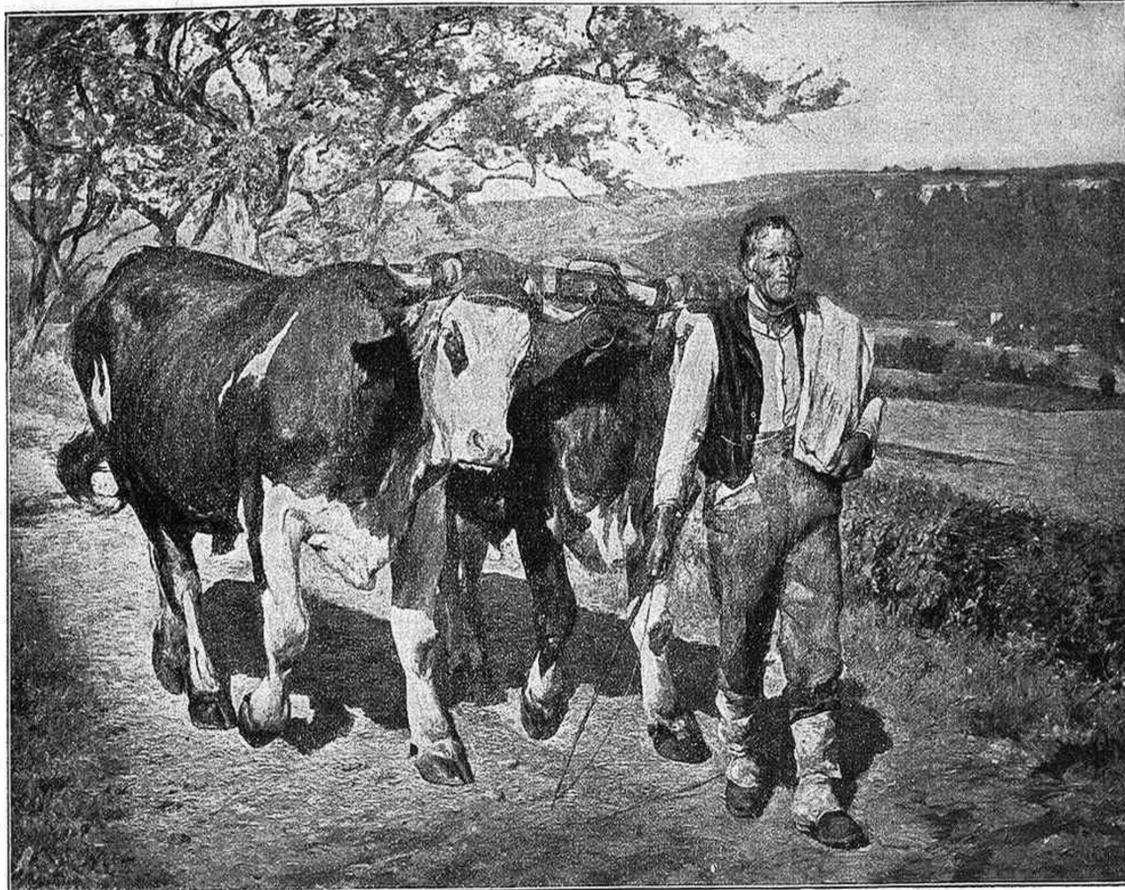
Juan tenía la mirada triste; Pedro, iracunda.

Charlaron, cuchichearon.

Anocheció, y pusieron en pie.

¡Era necesario tomar una determinación, porque «lo que Pedro decía» no podía ser!

Por lo menos, lo verdaderamente urgente era dar una vuelta por las montañas que servían de límite á la carretera, y pegados á las tapias que circundaban la casa donde, con sus padres, vivía Carolina...



Un labriego, cuadro de Eugenio Burnand

En los rayos del sol veraniego, en las bocanadas del aire bochornoso, en los efluvios del campo y de la calle, recibían á oleadas la primera savia del amor, las primeras ráfagas de la vida.

Juntos iban, muy entrada la tarde, por la carretera. Era el último paseo que les reservaba la suerte en aquel verano.

Juan se había ya despedido de su novia para marchar á Madrid al día siguiente.

Pedro había reñido con la suya. ¡La primera riña! ¡La primera vez que un hombre pensaba en que las mujeres bonitas podían no ser siempre buenas!..

— Vamos á sentarnos ahí un rato hasta que anochezca, dijo Pedro.

— Vamos, contestó Juan.

— ¡Calle!, dijo súbitamente Juan; ¿pero es esta la huerta?

— Esta, sí. Al lado de los de Bermejo.

— Pues mira, chico, yo mañana no me voy hasta por la noche. ¡Como qué aún pienso volver á despedirme de Aurora!

— ¿Y qué?

— ¿Quieres que sepa Carolina lo que me has dicho?

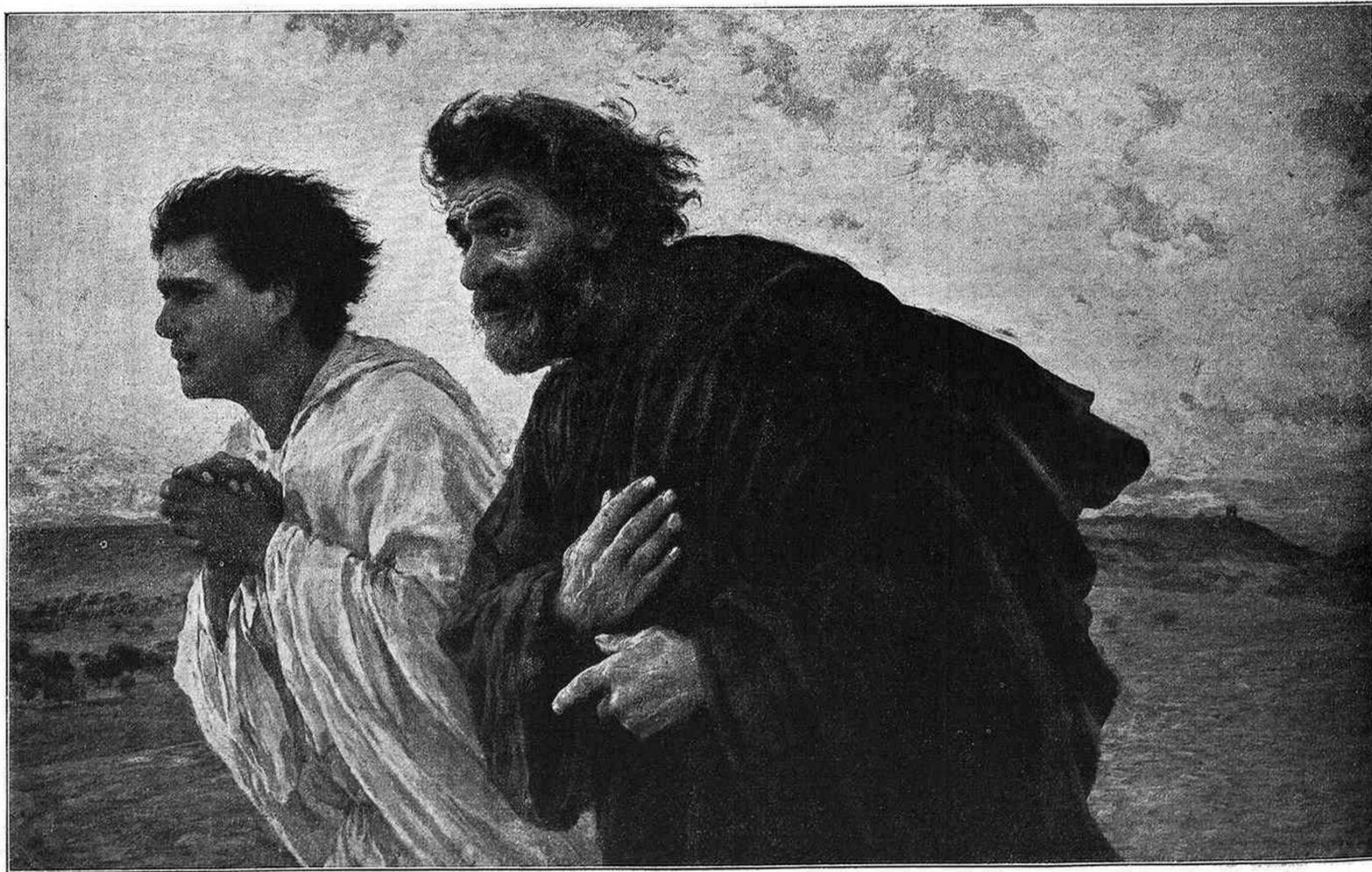
— Sí.

— ¿Y si yo mismo se lo cuento?

— Déjate de bromas. No la tratas.

— ¿Y eso qué importa? Mañana vengo á almorzar con los de Bermejo, me la presentan y...

¡No acabó! ¡El abrazo de Pedro apenas le dejó, no ya hablar, ni respirar siquiera!



San Juan y San Pedro ante el sepulcro abierto del Salvador, cuadro de Eugenio Burnand



Huida de Carlos el Temerario después de la batalla de Morat, cuadro de Eugenio Burnand

Y al otro día, después de almorzar en el huerto de los de Bermejo, recogía sonriente Carolina, la novia de Pedro, las flores que Juan, no sin arañarse los dedos, arrancaba de las vistosas plantas.

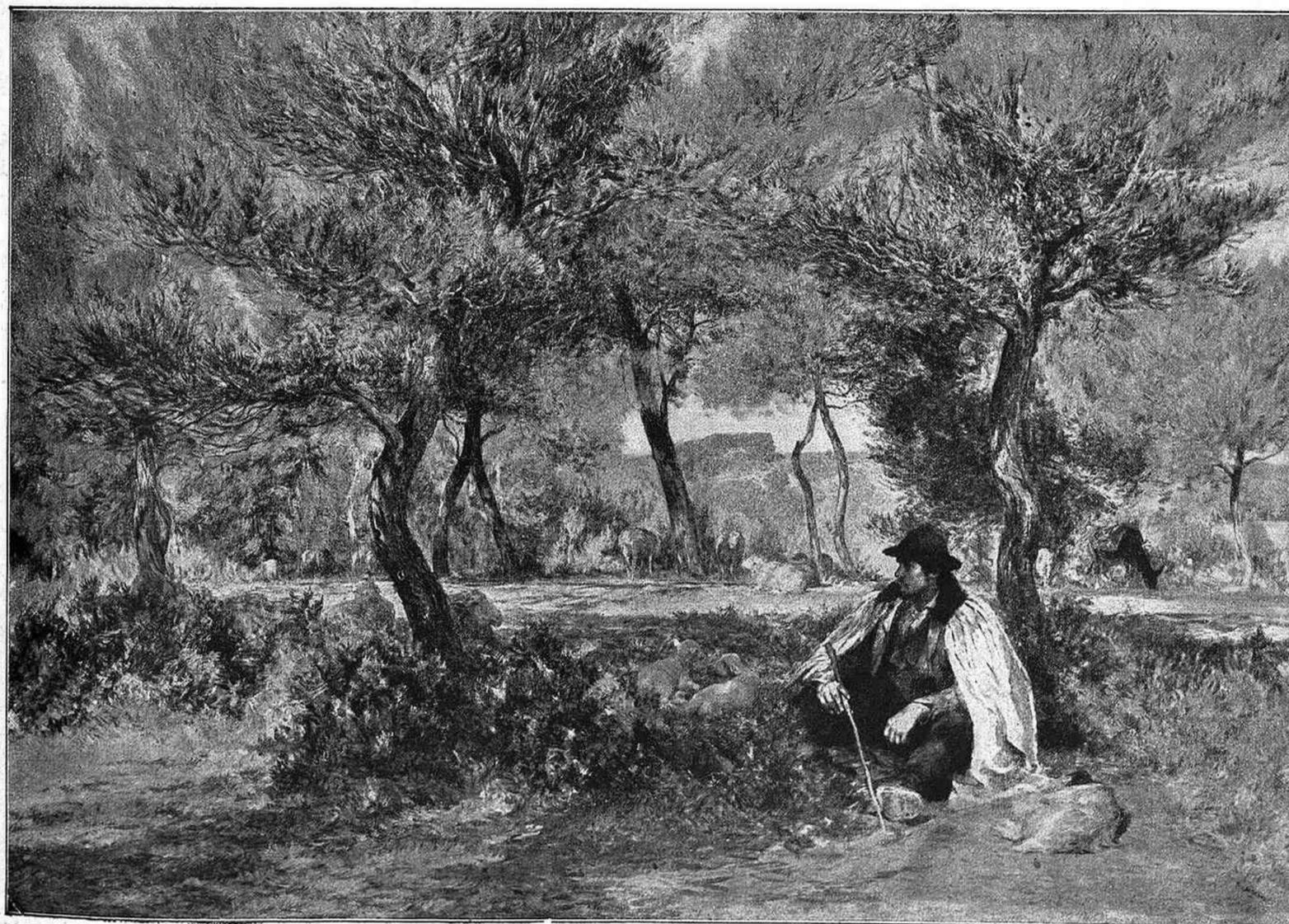
Y no hacía aún las veinticuatro horas de haber estado juntos los dos amigos tendidos en los maizales, cuando Juan, en la estación, se quitaba la gardenia del ojal y la entregaba á Pedro diciéndole:

- Toma. De su parte. Mañana te espera.  
- ¡Qué bueno eres!.. ¿Y has hablado, por fin, á Aurora?  
- Chico, no me he atrevido.

- Pero..  
- Una cosa es por ti y otra por mí..  
- ¡Señores viajeros, al tren!, gritó una voz aguardentosa por segunda ó tercera vez.  
- ¡Hasta el año que viene, Pedro!, exclamó el padre de Juanito alargando la mano al nombrado.  
- ¡Que te vas á quedar, Juanito! ¡Sube, hijo, sube!, añadió una señora madura, envuelta en amplísimo cubrepolvo gris.  
Un último apretón de manos; la máquina que silba; trepidación de ruedas sobre los rieles; el tren que toma carrera, y dos amigos que se dicen adiós.

¡Dos amigos, que acaso serán dos conocidos mañana!

Veranos é inviernos pasaron. No volvía Juan por el pueblecillo. Pedro no se casó con Carolina, sino con la antigua novia de Juan, con Aurora. Puesto que se quieren y son dichosos, hicieron bien y no fueron traidores. Son un matrimonio que da fiestas espléndidas. A ellas asisten á veces Juan con su mujer, *con otra*, y Carolina con su marido, *con otro*.



El pastor, cuadro de Eugenio Burnand

¿Quién se acuerda ya de las lejanías de la adolescencia?

Los años amortiguaron la traición, si traición hubo.

Cuando las almas son todavía libros en blanco, cualquiera sombra parece una montaña. Obscureci-

el brazo cada uno de ellos á su cónyuge respectivo.

Es cosa de un instante, y en la mirada brilla un relámpago, como rápido despertar de dormidos reproches.

¿Qué fué de aquellas almas puras, que encendido el sol del verano y sintiéndole caldear la naturaleza

LAS FIESTAS DE LA JURA

DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Si hubiéramos de describir detalladamente las fiestas que en Madrid acaban de celebrarse con mo-



MADRID. - FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. - Arco levantado por los vecinos y el comercio de la calle del Carmen. - La calle del Príncipe engalanada (de fotografías de J. Cao Durán)

das y rugosas ya por el tiempo, mancha que caiga necesita ser muy oscura para que se note...

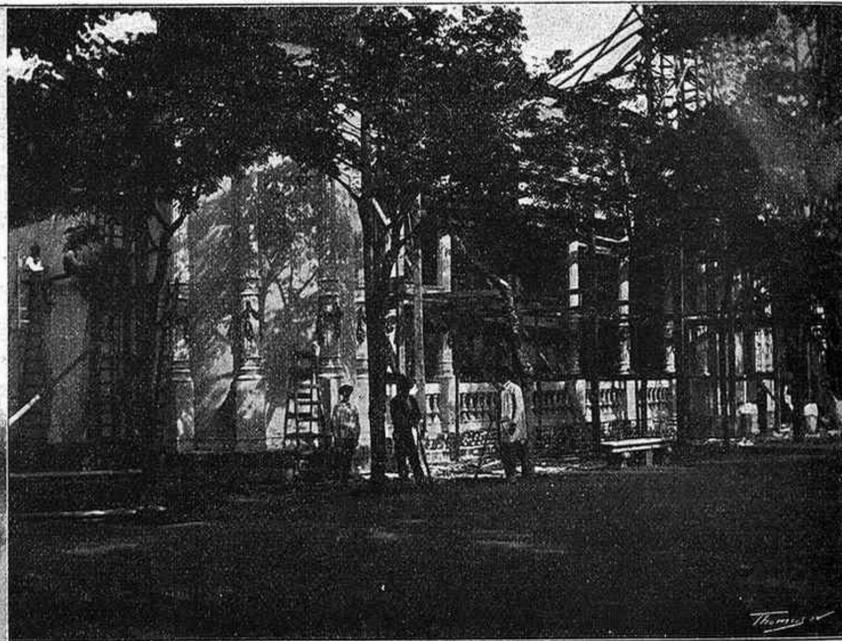
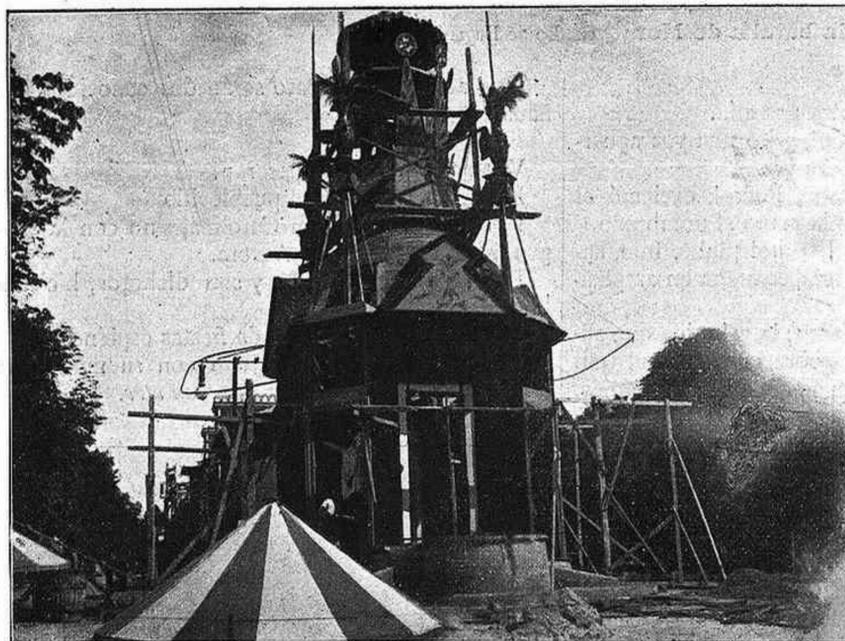
Las veladas se deslizan en paz y en fiesta.

Juveniles parejas pasan valsando; brillantes los

florida y lúbrica, permitieron que pasearan juntos un muchacho imberbe y una niña de corto, hablando él de otro y ella de otra?

¡Bah! En la adolescencia, todas las inocencias son

tivo de la jura de S. M. el rey D. Alfonso XIII, necesitaríamos mucho mayor espacio del de que disponemos; por esta razón y por la circunstancia de haber dedicado la prensa diaria extensos artículos á



MADRID. - FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. - Vista de la entrada de «La feria» del Retiro durante los trabajos preparatorios. - El pabellón del Ayuntamiento en «La feria» del Retiro (de fotografías de J. Cao Durán)

ojos, jadeante el pecho, anhelosa la respiración, rojas las mejillas, los labios húmedos.

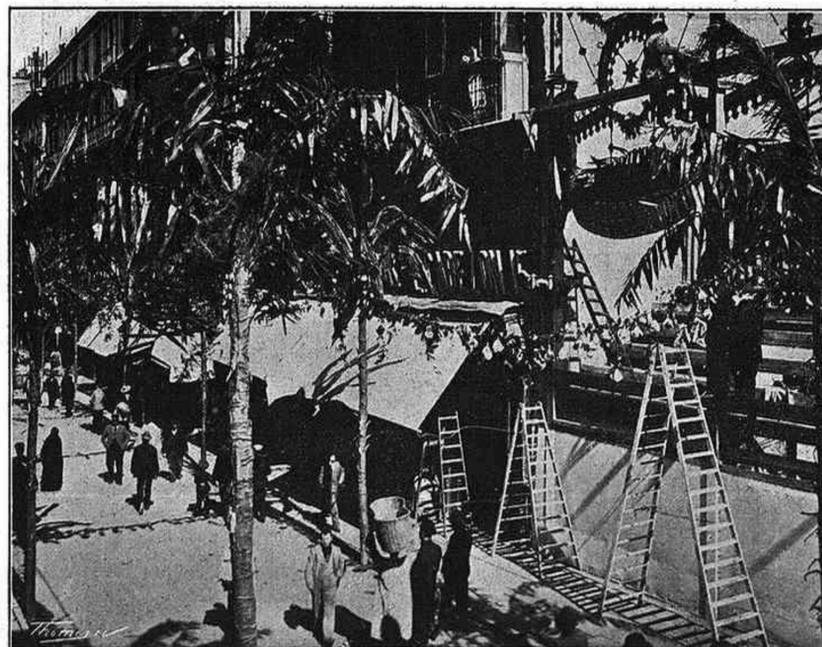
Carolina y Juan las ven y luego se miran, dando

lógicas, y en la madurez todas las traiciones son lógicas también.

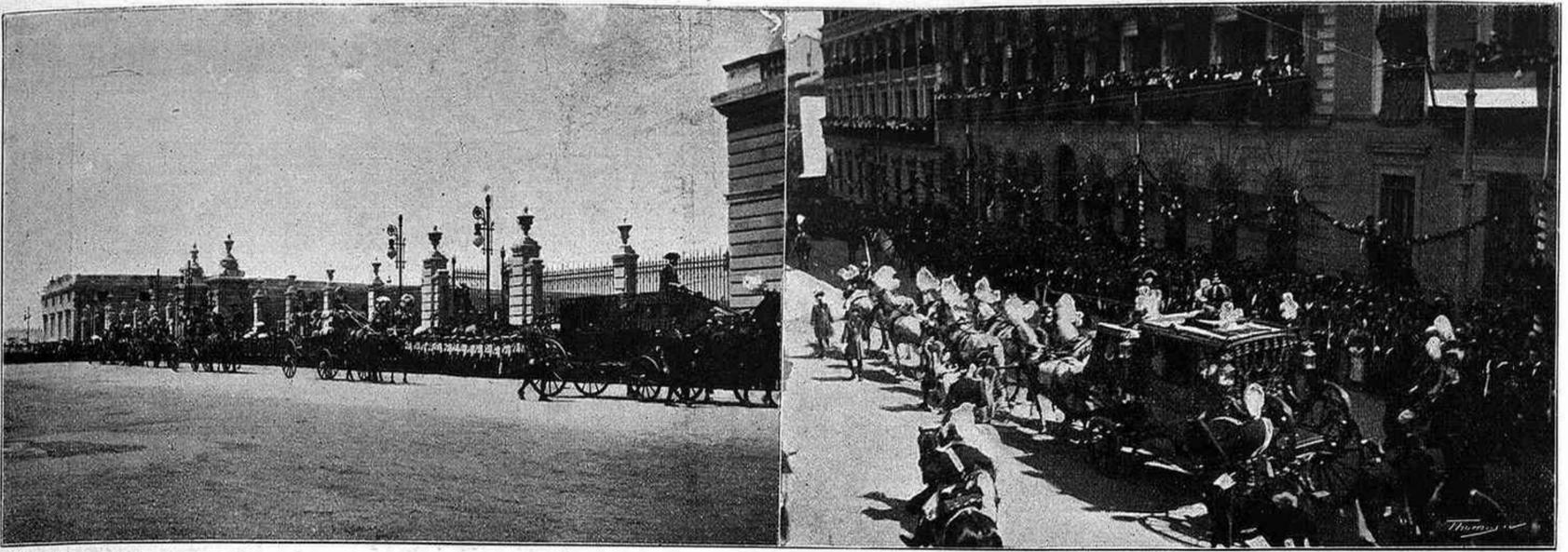
RICARDO J. CATARINEU.

tales festejos, sólo nos ocuparemos someramente de los principales.

No hemos de decir que la capital de España du-



MADRID. - FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. - La Carrera de San Jerónimo engalanada. - La Exposición del Círculo de Bellas Artes en el Palacio de Cristal del Retiro (de fotografías de Company)



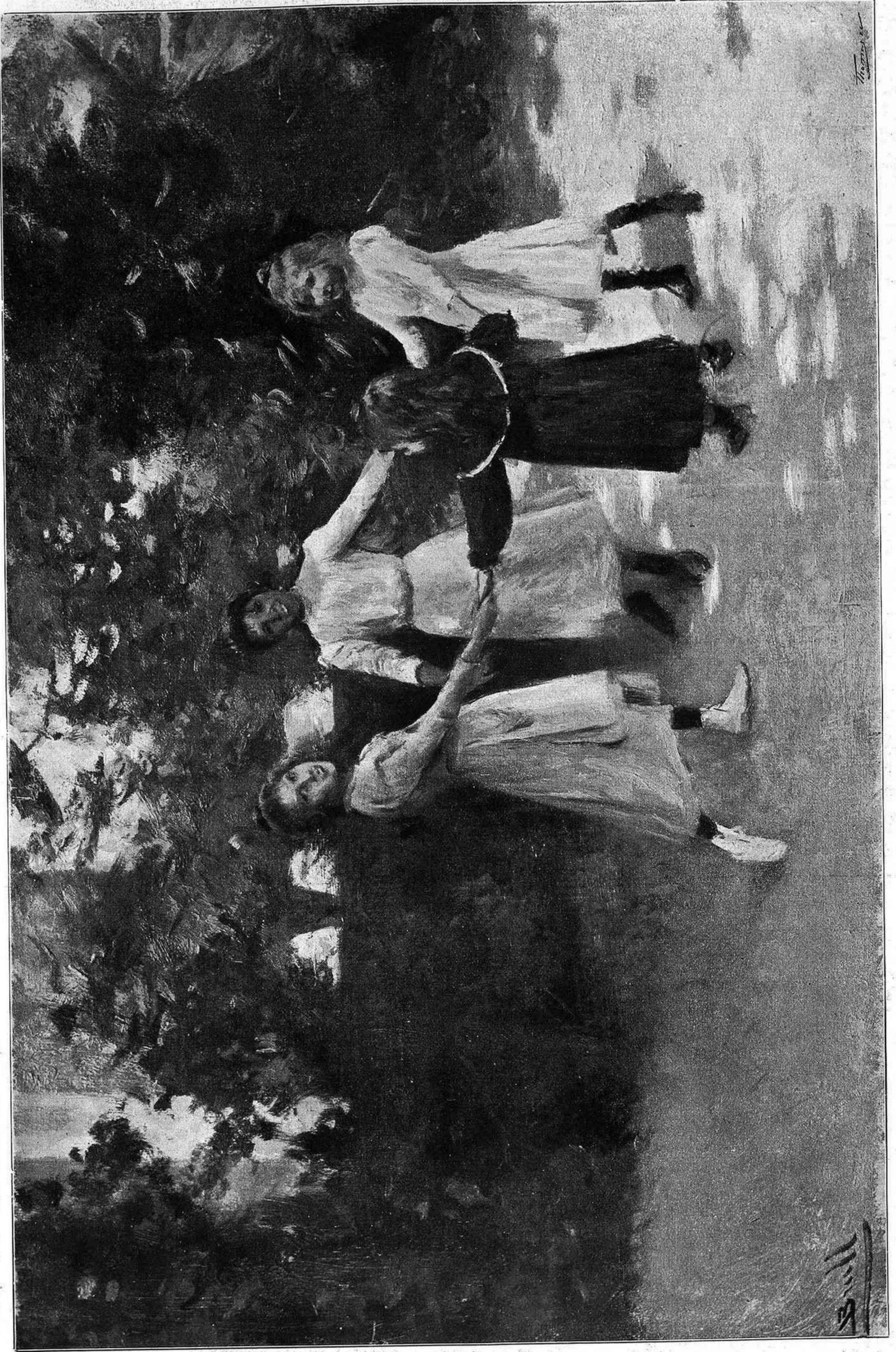
MADRID. - FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. - La comitiva regia saliendo de Palacio en la plaza de Armas. - La carroza real á su paso por la Carrera de San Jerónimo, antes de llegar al Congreso (de fotografías de J. Cao Durán)



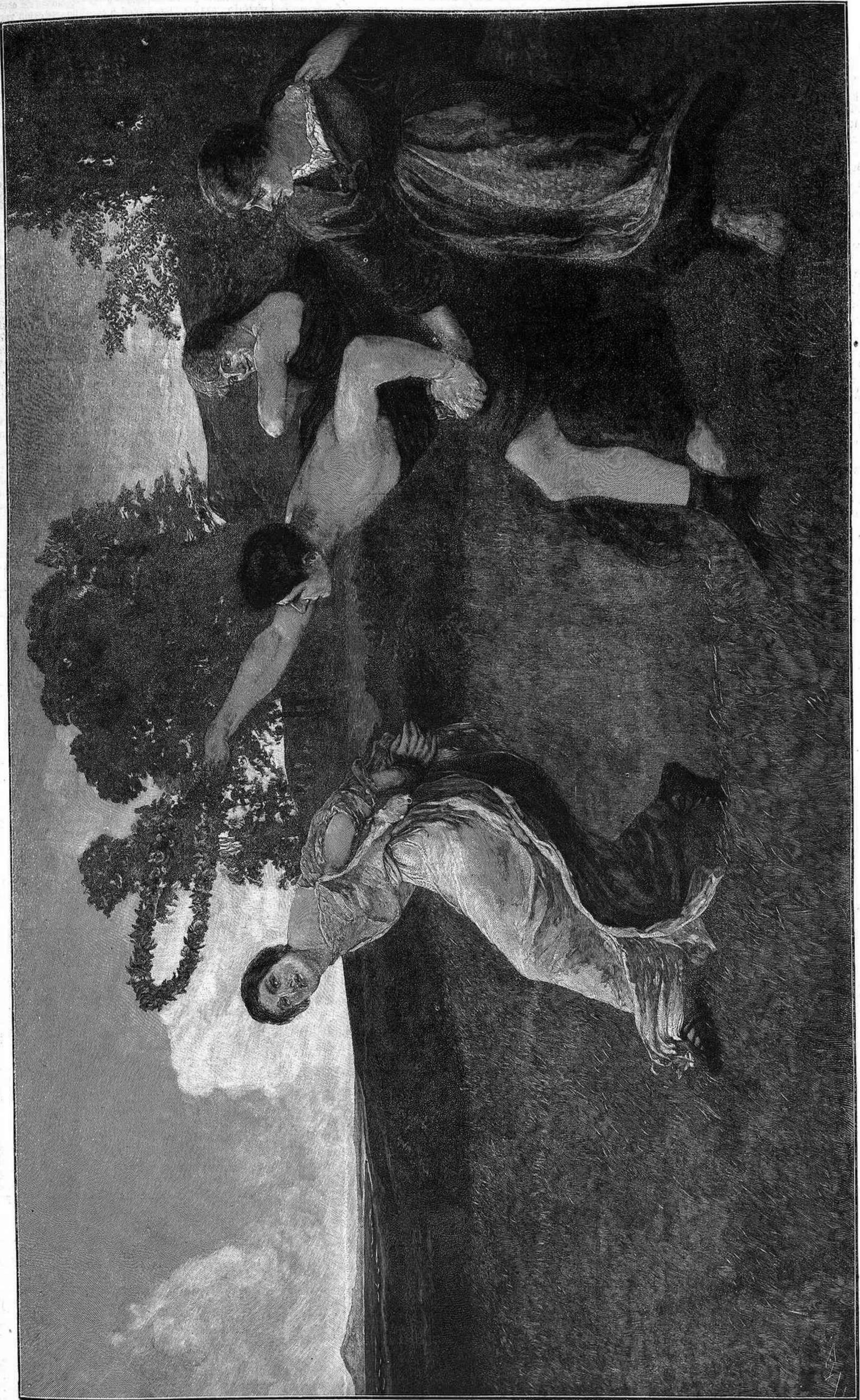
MADRID. - FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. - Llegada de SS. AA. las Infantas al Congreso (de fotografías de J. Cao Durán)



MADRID. - FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. - Aspecto de la calle Mayor antes de pasar la comitiva regia. - S. A. la Infanta D.ª Isabel saliendo del Congreso. Aspecto del Ayuntamiento al paso de la comitiva regia (de fotografías de J. Cao Durán)



LA SARDANA, cuadro de Juan Brull. (Salón París.)



LA TARDE, cuadro de Max Klinger



rante los días en que las fiestas se realizaron se llenó de forasteros de todas clases y categorías; que los vecinos y las corporaciones de la corte se esmeraron en adornar las calles más importantes, y que éstas, sobre todo de noche, ofrecían bonito aspecto.

Comenzaron los festejos con la colocación de la primera piedra de cuatro edificios destinados á escuelas graduadas, acto que se verificó con asistencia de SS. MM. y AA. RR., y que ha sido indudablemente uno de los más simpáticos y de los que más duraderos recuerdos han de dejar de cuantos con ocasión de la mayoría del rey se han llevado á cabo. Estas escuelas graduadas han de ser diez, una en cada distrito de Madrid, habiéndose inaugurado las obras de las que se han de levantar en los distritos de Palacio, del Hospicio, de Buenavista y del Congreso.

La jura de S. M. el rey en el Congreso y el *Tedéum* que se cantó después en San Francisco el Grande revistieron excepcional solemnidad. La regia comitiva resultaba verdaderamente espléndida. La servidumbre de palacio con sus lujosos uniformes y libreas; los magníficos carruajes de gala de las casas de Alba, Aliaga, Bailén, la Conquista, Fernán Núñez, Heredia Spínola, Miraflores, Medinaceli, Santaña, Sotomayor, Tamames y marqués de Tovar; los llamados coches de París ocupados por la alta servidumbre de las infantas, de los príncipes de Asturias y de los reyes; los coches de la real familia y la carroza real tirada por ocho hermosos caballos con riquísimas guarniciones, formaban un conjunto deslumbrador. En el Congreso, en donde se encontraban ya los enviados extranjeros, el gobierno y los senadores y diputados, fueron SS. MM. y AA. recibidos por las respectivas comisiones. El acto de la jura fué breve, habiéndose limitado al juramento que sobre los Evangelios prestó D. Alfonso XIII de guardar y cumplir fielmente la Constitución.

Desde el Congreso se dirigió la comitiva á San Francisco el Grande, en donde S. M. el rey fué recibido bajo palio por multitud de prelados. El templo estaba decorado é iluminado espléndidamente, y una orquesta de cien profesores y una masa coral de doscientos cantantes ejecutaron un *Tedéum* escrito *ad hoc* por el maestro Mateo y dedicado á don Alfonso XIII.

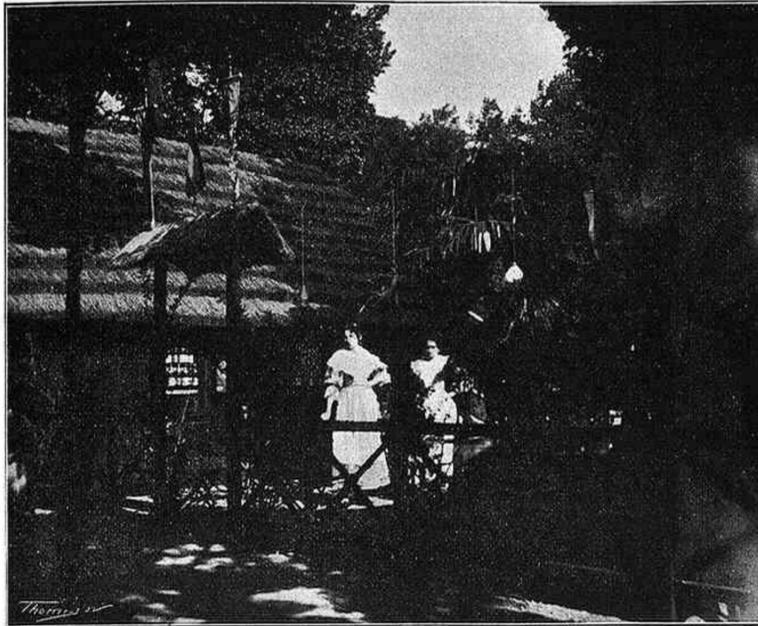
El primer acto oficial realizado por el rey después del juramento ha sido la inauguración de las obras del monumento que á la memoria de su padre, el malogrado D. Alfonso XII, se ha de erigir en el Retiro, á orillas del estanque. Acompañaron al rey en aquel acto su augusta madre, los príncipes de Asturias, las infantas, los príncipes extranjeros y un brillante concurso de invitados. La ceremonia se redujo á los discursos del Sr. Romero Robledo, presidente de la junta constituida para la realización de la obra, y de S. M.

En la noche de aquel mismo día verificóse la función de gala organizada en el teatro Real. Fué esta una fiesta brillantísima, superior á toda ponderación, según afirman á una los periódicos de la corte: el aspecto que ofrecía la sala del regio coliseo es de imposible descripción; las representaciones extranjeras, la alta aristocracia, todas cuantas personalidades de la corte pueden dar realce á esta clase de solemnidades, la belleza, el lujo, la elegancia de las mujeres, los vistosos uniformes, todo constituía un espectáculo de imponderable magnificencia. Cantóse admirablemente la preciosa ópera de Mozart *Don Giovanni*, que dirigió el celebrado maestro Mascagni, y en cuya ejecución tomaron parte, entre otros, la Sra. Paccini y los Sres. Blanchart, Navarrini y Bonci.

En la parada militar formaron unos 15.000 hombres de todas las armas, que se extendían desde el Prado al Hipódromo. El rey, vestido con uniforme de gala de capitán general, montado en un hermoso caballo de raza angloaustriaca alazán y careto y seguido de los príncipes Arturo de Inglaterra, Alberto y Joaquín de Prusia, Cristián de Dinamarca, de Siam, de Grecia y de Mónaco, del duque de Oporto, de los generales Florentín y Forestier, del duque de Wellington, del conde Dubski, del ministro de la Guerra, de los capitanes generales López Domínguez y marqués de Estella, de los generales Ochando, Martitegui, Pacheco, Tovar, Coello, Prats, Escario y Peña, de los ayudantes de los príncipes, del cuarto militar y de la escolta real, pasó revista de las tropas acompañado por el capitán general interino de Cas-

tilla la Nueva. Terminada la revista, el rey y su séquito se situaron delante de la tribuna regia y comenzó el desfile de las fuerzas que habían formado en la parada.

Por la noche celebróse en Palacio la recepción, á la cual asistieron más de 6.000 personas. Poco antes de las diez entró en los salones la familia real: Su Majestad la reina iba del brazo del príncipe Alberto de Prusia, el rey daba el suyo á la princesa de Asturias, el duque de Connaught á la infanta Isabel, el



MADRID. — FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII.  
Una barraca valenciana en «La feria» del Retiro

príncipe Cristián de Dinamarca á la infanta María Teresa y el archiduque Carlos Esteban á la infanta Eulalia. Las reales personas recorrieron todos los salones y conversaron con muchos de los invitados.

La batalla de flores celebrada en el Retiro fué una fiesta tan alegre como magnífica. De toda España, especialmente de Valencia, se enviaron á la corte enormes cantidades de flores que sirvieron para adornar los carruajes y para los millones de ramilletes que en la batalla se dispararon. Muchos y muy notables fueron los coches que en la fiesta tomaron parte, mereciendo especial mención por su riqueza y su buen gusto las diez carrozas del Ayuntamiento, arregladas por el Círculo de Bellas Artes de Valencia; una *corbeille* de la marquesa de Aguila Real (primer premio); un coche de palomas de la señora de Ursola (segundo premio); un *áorset* de la señora de Gilhou (tercer premio); un carruaje á la D' Aumont del marqués de Tovar (cuarto premio); un break que representaba un lavabo, de la marquesa de la Laguna (quinto premio); el carruaje del Sr. Bermejillo (sexto premio); una amapola, un caimán, una sombrilla japonesa, una carabela azul, una canastilla modernista, un ánfora griega, un tulipán, una carroza Luis XV, una falúa y los coches de la marquesa de Torrecilla, del Sr. Pruneda, de la marquesa de Amboage, de Mr. Presser, de D. Pablo Velarde, de los Sres. García de Arribas, de la marquesa de Santa Ana, de la vizcondesa de los Asilos y otros muchos.

Las fiestas de la jura han terminado con una corrida de toros regia con caballeros en plaza.

La feria del Retiro, que también ha figurado en el programa de festejos, presenta el aspecto de todos los espectáculos de esta clase.

Como nota dominante en todas las ceremonias en que ha intervenido el rey, merece señalarse el entusiasmo con que D. Alfonso XIII ha sido aclamado en todas partes por el pueblo madrileño.

La información gráfica que en el presente número publicamos y que completaremos en el próximo, ha sido hecha expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, bajo la dirección del conocido periodista madrileño D. M. Carretero, por los fotógrafos señores Cao Durán y Company. — X.

NUESTROS GRABADOS

Retrato de la esposa del pintor Francisco Stuck, pintado por este artista.— En presencia de esta obra resulta muy discutible la afirmación hecha por algunos críticos de que el famoso pintor alemán Francisco Stuck no es retratista. Cierto que si por tal se entiende al que se dedica exclusiva ó preferentemente á los retratos, no puede ese calificativo aplicarse á Stuck, puesto que son muy pocos los que de su pincel han salido, lo cual se debe tal vez á la poca afición que siente el artista al análisis del modo de ser moral de la persona que ha de ser retratada. Pero las pocas obras de este género por él producidas demuestran por modo elocuente que cuando el sujeto le interesa, cuando el conocimiento profundo de su alma le ahorra el estudio que de otra manera ha-

bría de hacer para atemperarse á las exigencias de este género pictórico, sus creaciones pueden considerarse como verdaderos modelos. El retrato de su esposa que hoy reproducimos es una prueba elocuente de lo que afirmamos: en él cautiva, no sólo la perfección de la forma, la belleza de aquel mórbido busto y de aquel rostro interesante, sino además la expresión que en éste se advierte y que es la verdadera manifestación de la vida, la exteriorización del elemento psicológico, sin la cual la figura mejor trazada resulta fría, pálida, muerta, por decirlo así. Francisco Stuck comenzó cultivando la pintura decorativa, y aun cuando hoy se ha apartado mucho de sus antiguas tendencias, nótese todavía en sus creaciones la influencia de sus aficiones primeras, que aparecen más ó menos claramente manifiestas en la composición y en la distribución de sus cuadros y sobre todo en el colorido: el mismo retrato de su esposa tiene algo de esto, que se observa en la forma de medallón que el pintor le ha dado, en el manto de pieles que en parte cubre los hombros y en la misma pintura del busto y de la cabeza.

La sardana, cuadro de Juan Brull.

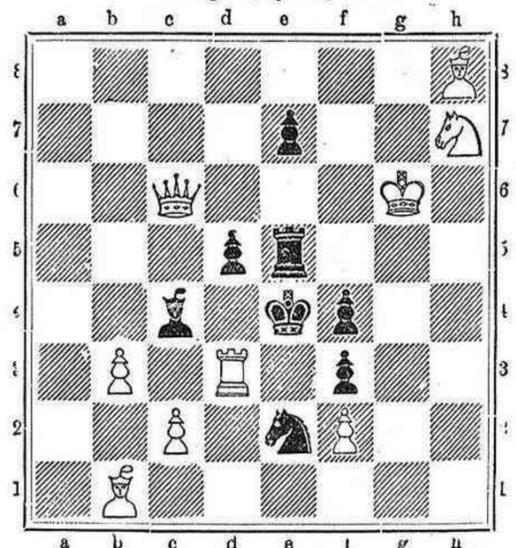
— El cuadro que reproducimos es uno de los que más llamaron la atención del público en la exposición que en el Salón Parés organizó el distinguido pintor catalán Juan Brull. Y no debe ni puede sorprender que tal aconteciera, puesto que el asunto escogido por el artista, ya de suyo simpático y agradable, cobró nuevo atractivo por su feliz interpretación, presentándose como siempre delicado y sentido, saturado su espíritu de ese algo que dignifica y seduce por retratar la bondad del alma y sintetizar la expresión de afecciones y un sentimiento puro que ennoblece. El infantil grupo bailando la legendaria sardana, atrae y revela las tendencias del artista, así como los suaves tonos empleados dan á conocer al pintor.

La tarde, cuadro de Max Klinger.

— Con el mismo talento cultiva este celebrado artista la escultura que la pintura. Como escultor ha producido, entre otras, la famosa estatua de Beethoven, que ha sido reproducida ininidad de veces en piedra, bronce y otros materiales; como pintor figurán en la larga lista de sus obras lienzos tan hermosos como *El juicio de Paris*, *Cristo en el Olimpo*, la *Crucifixión de Cristo* y *Piedad*. Una particularidad ofrece esta doble característica de Max Klinger, y es la de que mientras en el género escultórico ha seguido siempre la misma senda que en un principio emprendiera, en el pictórico ha variado distintas veces de tendencias. ¿Quién reconocería en el autor de los cuadros que dejamos mencionados al mismo que hace veinte años pintara el que en este número reproducimos? *La tarde*, en efecto, data probablemente del año 1882, de la época en que Max Klinger sentía todavía la influencia de la escuela de Gussow, y es una obra inspirada en los cánones del clasicismo, así por su asunto como por la manera de tratarlo; esto no obstante, adivinase ya en la firmeza con que están trazadas las figuras algo que se sale del convencionalismo tradicional y que puede ser considerado como tendencia hacia un realismo de buena ley. La impresión que en conjunto produce esta obra es sumamente simpática; despréndese de ella una poesía encantadora que responde admirablemente á la placidez del tema por el autor escogido y á la que contribuye poderosamente el contraste entre la suavidad de tonos del paisaje, envuelto en las primeras sombras del crepúsculo, y la brillantez del firmamento iluminado por los últimos resplandores del sol que desaparece en el horizonte.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 281, POR W. C. J. WAINWRIGHT.  
Negras (8 piezas)



Blancas (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 280, POR D. PAP.

- |            |                |
|------------|----------------|
| Blancas.   | Negras.        |
| 1. R e6—d7 | 1. h3—h2       |
| 2. R d7—c8 | 2. h2—h1 (D)   |
| 3. A e8—d7 | 3. Cualquiera. |
| 4. A mate. |                |

VARIANTES.

- 2..... h2—h1 (C); 3. R toma P b7, etc.  
 2..... Ch8—f7; 3. A toma Cf7, etc.  
 2..... Otra jug.ª; 3. A e8—d7, etc.  
 1..... b7—b5; 2. R d7—c8, cualquiera; 3. A mate.  
 1.... Ch8—f7; 2. A toma C, cualquiera; 3. A mate.  
 1.... Otra jug.ª; 2. R d7—c8, etc.

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Comprendió que el gusto de exhibir á los parisienses un *mail* procedente de América en línea recta, vencería en él toda vacilación. En seguida apoyó su idea, y Pascualina hizo lo mismo, pues la regocijaba la perspectiva del nuevo carruaje. Maugrabin, que raramente veía á su hija encapricharse por nada, le concedió su *mail* como hubiera podido concederle una bicicleta nueva.

No tuvo más que alargar la mano para descolgar un aparato, y telefonar á la estación próxima un cablegrama á su agente de Wall Street. La noche misma recibió la contestación. El *mail* quedaba por su cuenta, lo mismo que los caballos, el picador y los dos hombres. Sus órdenes habían sido: «O todo ó nada.»

Quince días después, el nuevo jefe de las caballerizas de Maugrabin, víctima, como los cuatro caballos, de la bancarrota de su antiguo amo, avisó que el tren, coche, caballos y gente se encontraban instalados en el Tatter-sall.

- ¡Bueno!, exclamó el marsellés. Daremos un paseo mañana.

- ¿Mañana? ¡Oh, no, señor! Imposible en ocho días. No se necesitan menos para que descansen los caballos, para limpiar, fregar, hacer las libreas y poner todo en orden.

Transigieron por cuatro días. Pero al tercero, por la mañana, el picador anunció que uno de los delanteros cojeaba.

- ¡Que compren otro!

- Desde luego, sería preciso encontrarlo. Después habría que emparejarlo con los otros. Esto exigiría un mes; y ya no sería un *team* americano.

Esta última consideración hizo ceder al fogoso propietario. Tranquilizóronle pronto acerca de la cojera del caballo y fijaron día para la primera salida. Pero la víspera cayó enfermo del tífus uno de los dos hombres.

El picador estuvo á punto de dimitir cuando el cándido Maugrabin le sugirió la idea de que supliera al lacayo enfermo. Casi con la misma energía se negó á contratar un nuevo subalterno en el corto espacio de veinticuatro horas. Era preciso algún tiempo de prueba, sin contar con que se necesitaba un hombre acostumbrado á las cuerdas americanas.

Aquellos contratiempos sucesivos disgustaron mucho á Maugrabin.

- Venda usted los caballos y el *mail*; vuélvase *allá* con el hombre válido.

Tales fueron sus palabras, dichas en un tono que no admitía réplica.

Tres días después, el marsellés ya no tenía *mail*. Añádase que nunca había visto el carruaje, ni los caballos, ni al cochero, ni al lacayo. Después de tan desdichada tentativa, juró no tener nunca coche propio.

Aquella aventura, que ayuda á juzgar al personaje, fué una amarga desilusión para Carlos de Bucilly. Su madre lo sintió tanto menos cuanto que había desaprobado la idea.

- ¡Pasear en triunfo, á la vista de todo París, una heredera con la cual se desea uno casar! Tanto valdría, para un aficionado que acecha un Rafael ignorado de todos, fijar carteles en las esquinas anunciando su venta. Es preferible para ti que no gués el *mail* de otro, por el momento, y guiar el tuyo más tarde.

- Acepto el pronóstico, suspiró Carlos. Si, al menos, los quince ó veinte mil francos que la operación cuesta á mi futuro suegro hubiesen entrado en mi bolsillo...

Pronto encontró Carlos una clase de paseos muy superior á las carreras en *mail*, si no como distracción, al menos como utilidad. Prestándose la estación á los largos paseos á pie, se le ocurrió tratar á la hija de su casero como á una prima provinciana y enseñarle París. Ella aceptó sin recelo, encontrando la cosa muy natural; de modo que se pasaron horas en recorrer, entregados á sí mismos, diferentes barrios que el elegante *cicerone* había afectado siempre ignorar. La ocasión era buena para conversaciones que Carlos dirigía, de vez en cuando, hacia el fin práctico.

Entonces propuso extender la exploración hasta las afueras, empresa muy sencilla, pues ambos eran excelentes ciclistas. Cierta mañana en que se habían puesto en camino muy temprano, el joven habló de ir á Fontainebleau, proposición que fué aceptada sin la menor vacilación por su compañera. Contentóse ésta, al pasar por delante de una estación telegráfica, con rogar á su padre que no la esperase para almorzar.

Antes de que anoheciera, estaban de regreso, encantados de su paseo como dos colegiales que han ido á ver el Jardín de Plantas.

Aquella noche hubo consejo privado, compuesto de la madre, del hijo y del juicioso Norberto, que desempeñaba el papel de Mentor cerca de aquel Telémaco, cuyo ausencia iban á llorar pronto las ninfas - por algún tiempo al menos.

- Qué tal, preguntó el *Sibarita*, ¿gana usted terreno?

- Treinta leguas hoy. Pero adelanto poco por la senda que conduce á la fortuna.

- ¿Qué le detiene á usted? ¿Qué espera usted para «proponer», como dicen *allá*, en América?

- Lo que me detiene es la prudencia más elemental. ¿Qué da Maugrabin? Con su americanismo agudo, se puede esperar lo peor. ¿Conoce usted á Saint-Véran? Se casó con una «rica heredera» de Baltimore: treinta mil de pensión desde luego y un capital fabuloso más tarde. «Casémonos, pensó el pobre; con paciencia todo se alcanza.» Lo único que el matrimonio ha alcanzado hasta ahora son cuatro hijos. El mayor sale de la Escuela militar de Saint-Cyr, soldado de á pie, porque la caballería cuesta demasiado. Saint-Véran ha pasado los mejores años de su vida en renovar pagarés para fines de suegro. Y el suegro, viejo magnífico, no ha querido nunca dar un céntimo más de los ciento veinticinco luises mensuales. Dígame usted si Maugrabin no está cortado exactamente sobre ese patrón.

- Algo le conozco ahora, dijo Norberto Leroy. Yo podría preguntarle...

- ¿Lo que da á su hija? Una hora después lo sabrá Pascualina, y entonces ya sé lo que me espera. Ella me ha repetido cien veces que no puede hacerse á nuestras ideas mercantiles sobre el matrimonio. Por consiguiente, mi situación es muy clara. Si me caso, puede dolerme el no haberme informado antes. Si me informo, ya no me caso. Sáqueme usted de este dilema.

- Y sin embargo, gimió Beltrana levantando la sesión sin concluir, nuestra salvación está en ese matrimonio.

Codoero de Bucilly, como corresponde al papel de padre, había tenido que ceder al compañero más joven el puesto de acompañante de Pascualina. Seguía siendo, como se lo repetía ella á menudo, uno de sus mejores amigos. Pero no podía manejar la raqueta, ni calzar patines, ni montar en bicicleta, según

las estaciones. En todos estos deportes, Carlos hacía rápidos progresos, tantos como su intimidad con la muchacha. Si se hubiese tratado de una francesa conocida en la alta sociedad, la alta sociedad se hubiera escandalizado un poco. Pero Pascualina tenía en Beltrana una rodrigona que se desvivía más por tenerla bajo su protección, que otras por lanzar á su protegida.

Pero un hecho considerable vino á sembrar la alarma en el campo de los Bucilly.

Codoero sentóse una noche á la mesa, ufano con la noticia que acababan de darle en el sexto piso, de que se había alquilado el segundo.

- Y en parte se me debe á mí, añadió con orgullo; porque he sido yo el que ha encontrado un inquilino á nuestro amigo, buscando para él una casa de campo. Porque como ustedes comprenderán, Maugrabin y su hija no van á pasar todo el verano en París.

Preguntado por Beltrana, cuyas cejas formaban dos barras amenazadoras, Codoero hizo su narración.

Ocho días antes, yendo al azar, le llamó la atención una fotografía expuesta en la vitrina de una agencia de inquilinatos. La fotografía representaba una hermosa quinta, situada á una hora

de París. Maugrabin deseaba una casa de campo para el verano. Codoero lo sabía; por esto se fijaba en los anuncios relativos á casas para alquilar; porque era, por afición, procurador de habitaciones, como ciertas solteras son casamenteras. Entró á informarse. En la oficina había una señora entrada en años, que parecía pertenecer á la buena sociedad.



Contentóse Pascualina, al pasar por delante de una estación telegráfica, con rogar á su padre que no la esperase á almorzar



El conde de Mugrón

En aquel momento, dicha señora decía al agente: — No me sería posible vivir en eso que no tiene nombre. El Sr. Maugrabin no será nunca mi arquitecto. Después de haber visto la fachada, no me atreví á entrar.

— No definiendo el estilo, señora, contestó el agente; pero usted busca un piso para una familia numerosa, cerca del convento de la Asunción y del colegio de la calle de la Pompe. No conozco casa que responda mejor á esas condiciones. La disposición interior vale más que la arquitectura.

Incapaz de resistir á su pasión favorita, Codoero saludó y tomó la palabra.

— Dispéñeme usted, señora, si intervengo en la discusión. Como inquilino del Sr. Maugrabin, no vacilo en decir á usted que la instalación de sus pisos es única. Al menos debiera usted visitarlos.

La señora, que no era tonta, tuvo una sospecha que otros hubieran tenido también en su lugar. La presencia de aquel desconocido, que tan á propósito ponderaba los méritos de la casa de Maugrabin, ¿era debida únicamente á la casualidad? Una mirada al interlocutor hizo desvanecer su desconfianza. Bucilly no tenía facha de compadre. Sin pedir explicaciones sobre el papel que el buen señor asumía, ella dijo:

— Me parece algo elevado el precio.

— ¡Oh, señora, el propietario es el hombre más acomodaticio del mundo! Además, su casa ofrece ventajas que disminuyen el gasto.

Y repitió las explicaciones que seis meses atrás había dado á su mujer. Su convicción y su rectitud evidentes impresionaron á la señora, que se retiró declarando que iría á ver la habitación. Cuarenta y ocho horas después, firmaba un contrato de alquiler del segundo piso.

Tal fué el relato de Codoero, incapaz de comprender la enormidad de su conducta.

Los detalles que Maugrabin le había dado sobre la nueva inquilina parecieron, sin embargo, tranquilizadores. Era rica, viuda y vivía en un castillo de provincia. La educación de los hijos que vivían con ella, dos varones y dos hembras, era causa de su traslado á París. Se llamaba la condesa de Mugerón. El mayor de sus hijos, alumno externo del liceo Janson de Sailly, se preparaba para los exámenes de ingreso en una Escuela especial, lo cual excluía toda idea de competencia para Carlos. Aunque repuesta de tan viva alarma, Beltrana creyó oportuno poner á su marido en guardia contra futuras imprudencias. Codoero fué puesto al corriente del plan formado, al mismo tiempo que de los resultados obtenidos. Los negocios de Carlos iban por buen camino; el joven gustaba á Pascualina; era de esperar un buen resultado. Pero no había que tentar á la Providencia y hacer surgir rivales hasta entonces felizmente apartados.

Bucilly no replicó, según su costumbre; pero como aquella noche le dejaban libre, tomó el camino de la casa de Popinot, pues experimentaba la imperiosa necesidad de comunicar ciertos pensamientos que le atormentaban.

— ¿No admites, le preguntó, que se puede tener una hipertrofia de la conciencia, como se puede tener una hipertrofia del corazón?

— Quizá, contestó el médico; pero es menos frecuente. Explícame de qué te quejas.

— Ya lo sabes. Pascualina Maugrabin es una buena, simpática y leal criatura. Cuando se sonríe, es como un rayo de sol que dora el paisaje. Nació para sonreírse, como el sol ha sido hecho para brillar...

— Ningún ser humano ha nacido para sonreírse siempre. Hay quien pretende que hemos nacido para llorar. Tenemos en el rabo del ojo un aparatito muy ingenioso para la secreción de las lágrimas, mientras que la sonrisa es una simple mueca nerviosa. Que las glándulas lagrimales de Pascualina Maugrabin estén destinadas á un servicio más ó menos copioso, cosa es que no depende de ti ni de mí. ¿A qué volver sobre este tema?

— Vuelvo porque creo que mi hijo está en vías de salirse con la suya.

— La naturaleza quiere que tu hijo perpetúe la especie. Siendo así que su compañera no puede ayudarle sin sufrir, tanto vale que sea Pascualina Maugrabin; y quizá vale más que sea ella, pues se resolverá más difícilmente á ciertas venganzas, deplorables para el honor de las familias.

— En mi vida he oído nada más espantoso como cinismo.

— ¿Preferirías que volviese á decirte que estás enamorado de esa muchacha?

Bucilly se encogió de hombros, sin ponerse colorado siquiera.

— Diríase que estamos representando una obra del teatro moderno, dijo. Oyeme: si conociese al hom-

bre que ha de hacer feliz á esa chica, mañana mismo correría yo en su busca. ¡Pero ver sufrir, en mi presencia, á esa dulce amiguita..., y verla sufrir porque he dado una mala educación á mi hijo!..

— No te adornes con plumas ajenas. Tú no le has educado bien ni mal. No es culpa tuya. Calma tu conciencia y vete á acostar. Si tu mujer no te encuentra en casa cuando se retire, ¡qué pelotera te va á armar! Ciertamente es que te permiten verme, desde que tengo el honor de ser el médico del padre y de la hija, quienes, sea dicho entre paréntesis, todavía no me han pedido una sola visita. Tienen una salud de bronce. ¡Hasta en esto tengo poca suerte! Admírame: no les he probado que están enfermos. Otro caso de hipertrofia de conciencia. ¡Ay de mí! Supongo que á estas horas tendrás ya el alma tranquila.

— ¡No!, exclamó Codoero levantándose de su sillón con un sordo quejido.

## XII

Algunos días después, la señora de Bucilly encontróse en el ascensor con un gallardo teniente de cazadores de infantería. Apeóse la primera y escuchó. ¡Loado sea Dios! El apuesto oficial se detuvo en el segundo piso. Era, sin duda, un amigo de los Mugerón. Beltrana preguntó á su doncella, que le quitaba el sombrero.

— ¡Cómo! ¿La señora no sabe?... Ese joven es el hijo mayor de la condesa. Tiene su habitación particular no sé dónde, cerca de la Escuela Militar, donde cursa sus estudios. Viene á menudo á comer con su familia, una familia muy unida, según se ve.

Codoero, que no hubiera podido decir otro tanto de la suya, presagió una tormenta. Durante la comida, los signos precursores de la conflagración de los elementos se manifestaron. Pero, contra su costumbre, Beltrana supo contenerse hasta que hubieron pasado al salón, fuera de la presencia de los criados. Y lo más asombroso fué que la escena tomó la forma de un largo gemido, más bien que la de una ruidosa invectiva. Es que, desde que vivían en el Building, el marido había venido á ser, si no una potencia, al menos una influencia con la cual tenía que contar. En aquel momento se le trataba de igual á igual.

En una homilía que á Carlos le pareció muy fastidiosa, Beltrana hizo una descripción patética de la situación. Desdefiando una falsa modestia, mostró el terreno ya conquistado por sus hábiles esfuerzos, sin olvidarse de hacer justicia al concurso asiduo que en su hijo encontraba. Todo parecía marchar á pedir de boca. Pascualina y Carlos, bajo un mismo techo, se veían diariamente. Es más; gracias á prudentes precauciones, Pascualina no veía á nadie más que á Carlos.

Pero la ciega imprevisión del jefe de la familia venía á echarlo todo á perder de nuevo, cuando todo parecía haberse salvado. Codoero era causa de que un joven, provisto del doble prestigio del uniforme y del título, circulase en la casa. Por su culpa acababa de surgir un rival — y un rival peligroso.

— Para mí, concluyó Beltrana, van á empezar de nuevo las noches de insomnio. ¡Ah! ¡Buena elección tienes para traer inquilinos al Building!

Cuando le fué posible decir algo, Codoero pidió explicaciones. Al enterarse de que la condesa de Mugerón era madre de un teniente, manifestó una sorpresa no fingida. Después, brilló en sus ojos de hombre honrado un extraño resplandor; pero no dijo nada. ¡Pobre hombre! ¡Ay, si Beltrana hubiese sabido qué pensamiento animaba de aquella manera su rostro melancólico!..

Carlos, cuyo instinto burlón no cedía nunca, ni aun en las circunstancias más graves, dijo:

— Se me figura que soy Robinsón en su isla, y que acabo de descubrir las huellas de Domingo.

Al día siguiente, Codoero subió á ver á Pascualina poco después del almuerzo. A tales horas, le permitían aquellas visitas, que estrechaban la amistad entre ambas familias. Después de haber hablado con su joven amiga en el tono paternal que acostumbraba, le preguntó en el momento de retirarse:

— ¿Cómo le va á usted con los Mugerón?

— Son menos amables que usted. Parecen dispuestos á ignorar si existimos. Apenas los he visto á distancia. La señora de Mugerón está muy ocupada con sus cuatro hijos.

— ¡Cinco!, corrigió Bucilly. Tiene un hijo, el mayor, que es militar; pero ese joven vive solo. Le he visto varias veces; yo le tomaba por visita de la casa. Solamente desde ayer sé que es su hijo.

— ¡Numerosa familia!

— Sí. El cabeza de esa familia es un gallardo oficial.

Pascualina dejó caer la conversación, como hacía cada vez que no le interesaba el asunto. Bucilly no dijo más aquel día; pero no perdió de vista á Domingo, como le llamaba siempre Carlos con el desdén majestuoso de un hombre hablando de otro hombre.

Gracias á una voluntad paciente, á veces un poco ayudada por la astucia del esclavo oprimido, Codoero consiguió su objeto, que consistía en trabar conocimiento con el joven conde.

Un día se las arregló para salir al mismo tiempo que él y marchar juntos; como era natural, hablaron de la casa y del casero. Mugerón fué enterado de la existencia de Pascualina y de sus millones; pero pareció interesarse más por la pintura entusiasta de su belleza. Si Beltrana hubiese sorprendido aquella conversación, Codoero hubiera podido prepararse á ser víctima de rigores hasta entonces desconocidos.

Bastante satisfecho de no ser descubierto, supo muy pronto que sus palabras no habían caído en oídos sordos. El teniente había hecho por encontrarse con Pascualina; dos días después, le pareció oportuno hacer una visita de cortesía á Maugrabin. Y por no alargar el relato, diremos que la semana siguiente Beltrana recibió una sacudida. Invitada á comer en casa del propietario del Building, con su familia, lo que desde luego la había llenado de satisfacción, encontróse con otro convidado que no era de los suyos: el conde de Mugerón.

Antes de llegar á los postres, Beltrana no conservaba ilusión alguna sobre la extensión de su desgracia: Domingo, con toda evidencia, estaba muy enamorado de la heredera; no enamorado al modo de Carlos, sino enamorado sinceramente.

Resultaba que Carlos era brillante y animado, mientras que el otro no se distinguía por su conversación. Bucilly, cuyo interés por aquel joven oficial parecía no desmentirse jamás, salió en su ayuda haciendo recaer la conversación sobre el arte militar con lo cual se animó en seguida. Mugerón dió sobre el ejército de los Estados Unidos ciertos detalles que no se encuentran en los libros.

— ¿Ha estado usted, acaso, en West-Point?, le preguntó Maugrabin.

— Todavía no, contestó el oficial. Pero al ingresar en Cazadores, encontré en mi compañía un tipo sumamente curioso. Siempre me acordaré de él; había venido de Nueva York expresamente para prestar su servicio militar. Contaba una infinidad de cosas curiosas, de las cuales apunté algunas. Ese joven, que se llamaba Emilio Candiac...

El nombre que acababa de oír, hizo saltar á Maugrabin. Con el brazo extendido, la cara encendida y los ojos brillantes de cólera, profirió este anátoma:

— Suplico á las personas que tengo el honor de recibir á esta mesa, no me hagan recordar que Emilio Candiac ha existido nunca.

Siguió un silencio mortal. El oficial, sorprendido, no sabía qué decir. Pascualina se había puesto pálida. Beltrana y su hijo, por el contrario, cambiaban una mirada que significaba: «¡A ese no le invitarán con frecuencia!» Bucilly, causa de todo el mal, se prometió no volver á poner al ejército sobre el tapete, en aquella casa. El anfitrión, para terminar el incidente, declaró que existen pocas familias en que no se oculte algún disgusto, lo que hizo pensar á los convidados que el tal Candiac debía haber forzado algunas cerraduras en América.

La comida se acabó en medio de un malestar general; los convidados se retiraron temprano; Mugerón se había marchado el primero, excusándose con el deseo de abrazar á su madre antes de irse á su casa.

— ¿Te has divertido?, le preguntó la condesa.

— No mucho. He hecho una plancha. El casero tiene un cadáver y yo le desenterré. Pero, en cambio, posee una hija encantadora.

— Tiene el aire un poco extraño esa muchacha, á juzgar por lo poco que la he visto.

— La verdad es que se sale de la cargante monotonía de nuestras señoritas que pasan por bien educadas. Habla poco, pero debe reservar sorpresas á quien la trate. ¡Buenas noches, mamá!

El oficial tardó en dormirse. Trataba de comprender el contenido de las miradas que Pascualina le había dirigido al final de la reunión. Al día siguiente, al salir de clase, encontró sobre una mesa una carta llegada por el correo; la primera de las sorpresas que le reservaba Pascualina.

«Caballero, quisiera hablar con usted á solas algunos minutos. Se trata de desempeñar un acto de simple justicia. Como está usted más ocupado que yo, le aguardaré en mi casa á la hora que usted pueda venir y que espero se servirá indicarme.

»Sinceramente su amiga

»PASCUALINA MAUGRABIN.»

Leyó varias veces la firma, para cerciorarse de que aquella esquila, de estilo masculino, procedía de la linda muchacha que, desde hacía algunos días, no dejaba de perjudicarle algo en sus estudios.

«¡De esta sí que mi señora madre se extrañaría de su proceder!» pensaba el joven.

Pero el hombre más fatuo del mundo no hubiera visto en aquellas líneas la menor traza de romanticismo.

El oficial contestó con un telegrama, redactado en la forma menos galante posible: de tal modo presentía que el caso no tenía nada de aventura amorosa.

Al día siguiente, á primera hora de la tarde, fué introducido en el saloncito de Pascualina.

— ¡Gracias por haber venido!, le dijo ella. Pero ¿qué habrá pensado usted? Me olvido siempre de que estoy en Francia, el país de la libertad..., para los hombres.

— Soy militar, y los militares obedecen sin tomarse el tiempo de pensar. Añadiré, si es necesario, que después de haberla á usted mirado en los ojos, no es posible pensar mal de usted.

— ¡Bien!, dijo Pascualina. Ese es el concepto que yo había formado de usted. Vamos á entendernos en seguida. ¿Qué piensa usted, desde anoche, de Emilio Candiac?

— Debo confesar que desde anoche he pensado más en otras personas que en Emilio Candiac. Su inteligencia y su energía me llamaron la atención. No dudé de su honradez mientras sirvió á mis órdenes. ¿Por qué razón su padre de usted, que es también muy honrado, *ejecutó* de aquella manera á dicho joven? Esta es la pregunta que me hice, á decir verdad.

— Y eso es, precisamente, lo que yo quería explicar á usted. Candiac todo se lo debe á mi padre, que es tío suyo; nos hemos criado juntos como hermanos. El había de encargarse de la continuación de nuestros negocios de América. Pero, á pesar de no conocer la Francia, le atormentaba el deseo de vivir en ella. Se consideraba como en el destierro. Es un muchacho dado á las aventuras, sin apego alguno al dinero. Una vez mayor de edad, partió, dejando á mi padre que, al contrario de su sobrino, está locamente apasionado por América. Tal es el crimen de mi primo, castigado con una completa caída en desgracia. Pero no hay en el mundo un hombre más digno de aprecio. Por esto, al ver que usted, que ha sido su jefe, dudaba de él, pensé que la amistad me obligaba á disipar aquella duda.

— Nada queda ya de ella, dijo Mugerón inclinándose. El caso es que su padre de usted tuvo anoche la mano algo pesada. Sin embargo, la partida de su sobrino no le arruinó, puesto que ha podido construir esta casa.

A Pascualina le divirtió la idea de que su interlocutor la creía hija de un padre simplemente «no arruinado»; y la halagó el pensar que aquel joven, en cuyos ojos se reflejaba la admiración, no se preocupaba de cuál fuese su fortuna. Los Bucilly habían sido más curiosos.

— Señorita, añadió el oficial, su primo tiene en usted una celosísima protectora; yo quisiera encontrarme en su lugar.

— ¿Para qué? Tiene usted hermanas; yo amo como una hermana á Emilio Candiac.

— Entonces, no quisiera encontrarme en su lugar.

— ¿Por qué?

— Porque no deseamos que ciertas mujeres nos amen como á hermanos. Desde anoche, he pensado más en esto que en Emilio Candiac.

— ¡Cómo! ¿Ni un recuerdo para la comida? ¿Tan mala fué?

— Creo que era buena. Pero cuando tengo el entendimiento y el corazón ocupados, soy de los comensales que no saben lo que comen.

— Eso no debe decirse sino á la muchacha que se toma por esposa.

— ¡Oh! ¡Qué palabra tan imprudente, si yo no tuviese rectitud de juicio!

De nuevo las cejas de Pascualina perdieron su curva graciosa. Pero, esta vez, no se trataba de bromear.

— Y si le faltase rectitud de juicio, ¿qué sucedería?, preguntó ella.

Mientras Mugerón buscaba una frase para salir del paso, Pascualina continuó:

— ¡Sea usted franco! Diga usted que tengo todas las apariencias de cazar un marido... Como no quiero dejarlo á usted en una creencia tan lastimosa como inexacta, debo advertir á usted que mi padre posee una gran fortuna, lo que me evita el tener que correr detrás de los pollos. Por lo que á mí toca, es más de temer el papel inverso.

— ¡Oh!, dijo Mugerón poniéndose muy colorado; dispense usted... No sabía... Tranquilícese usted, señorita; en mi vida volveré á hablar á usted de amor.

Se había levantado para despedirse.

— Me habían prevenido, dijo Pascualina, que la desconfianza reina en absoluto en este país. Hice mal en olvidarlo. La lección era justa.

— ¡Oh, señorita, si he tenido trazas de querer dar á usted una lección, yo acabo de recibir una formidable! La sombra misma del dinero echa á perder cuanto toca.

— El dinero, dijo Pascualina, es un déspota cuyo yugo hay que sacudir. Si es vergonzoso rendirle culto, es una cobardía temerle. Las almas nobles deben ignorar si existe.

— Y usted es un alma muy noble, dijo Mugerón besando la mano á la joven.

Separáronse sin rencor. Una vez sola, Pascualina hizo esta reflexión:

«¡Decididamente, no hay que *flirtar* nunca en Francia!»

XIII

Como todo general que empieza una campaña, la señora de Bucilly tenía su servicio de informes, confiado, gracias á ligeros subsidios, al *groom* del ascensor. Por él estaba al corriente de los menores movimientos del enemigo, un enemigo muy temible, puesto que poseía al menos dos ventajas de que carecía Carlos: un título nobiliario y una regular fortuna.

La señorita Maugrabin había dicho que no elegiría su esposo en América, lo cual ya era algo; pero el teniente Mugerón no pertenecía á la categoría eliminada.

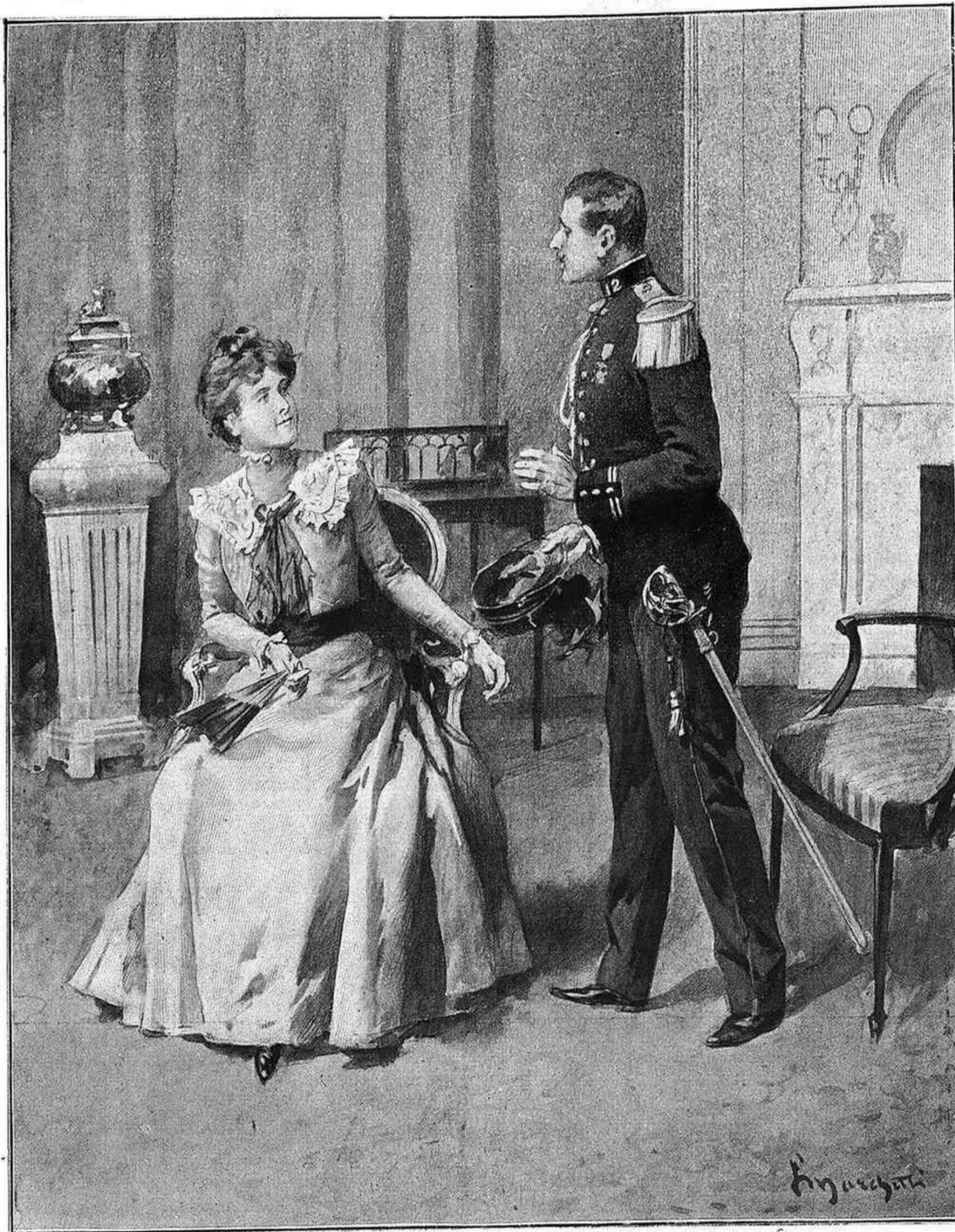
Afortunadamente parecía eliminarse él mismo. Ni una sola vez, en sus visitas á su madre, se había hecho ascender al sexto piso.

Esta circunstancia hubiera sorprendido á Beltrana, sin ciertas palabras inoportunas pronunciadas por el oficial en la mesa de Maugrabin.

«Sin duda el marsellés le habrá cerrado las puertas de su casa,» pensaba la señora de Bucilly.

Esta conclusión optimista distaba mucho de la verdad. En pocas semanas, Pascualina y Mugerón se habían visto varias veces. Pero éste, sabiendo que su admiración por la joven vecina causaba cierta inquietud á su madre, disimulaba sus relaciones.

(Continuad.)



Tranquilícese usted, señorita; en mi vida volveré á hablar á usted de amor

— ¿Y usted cree, después de esa confesión, que no voy á borrar á usted de mi lista? Quiero que se aprecien mis esfuerzos culinarios.

— ¿Y si aprecio en usted otra cosa, señorita? ¿Arruga usted el entrecejo á mis palabras? ¡Ay! ¿Qué es lo que se le puede decir á usted? ¿Qué es lo que no se le puede decir?..

— En primer lugar, no hay que echarme flores.

— Si le digo á Venus que es bella y á Minerva que es prudente, ¿pretenderán que les echo flores?

— Dejemos á Venus, á quien sentiría mucho parecerme. En cuanto á Minerva, ¿podría usted hablar de sus cualidades después de haberla visto cinco ó seis veces, la mitad de ellas en el ascensor del Olimpo?

— Yo la sigo viendo y oyendo á usted, aun después de habernos separado.

— Pues conociéndome tan bien, debe saber lo que no hay que decirme.

— «¿Y si se lo dijese?..» como reza el verso de Musset... ¿Tiene usted las obras de Alfredo de Musset en su biblioteca?

— ¡Oh, si me recita usted versos de los buenos autores, la cosa varía! ¡Vamos! Ya le escucho.

— ¿Es usted burlona?

— ¿Cree usted que prefiero el papel inverso? Puesto que me compara usted á Minerva, preciso es reconocer que no soy tonta del todo.

— ¿Es demostrar á una muchacha que se la toma por tonta el decirle que se la ama?

## LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA (ALEMANIA)

Colonia entrega á España por entero el triunfo del día 4 de mayo, pues en los Juegos Florales del Rhin, que no son sino un reflejo de los de Barcelona, ha triunfado la poesía española por las composiciones de dos abogados hispanos que se inspiraban en la abogada de los pecadores, la Virgen; y ha obtenido un éxito lisonjero también la música española en el estreno del fragmento titulado *La corte de amor*, sacado de la trilogía *Los Pirineos*, siendo Colonia, la del Rhin, la tercera ciudad después de Barcelona y Venecia que saludaba con grandes aplausos la obra de Pedrell, que pudiera llamarse quizá el fundamento sólido del drama lírico español. No ha de llorar Barcelona la interrupción de su fiesta favorita, orgullo y prez de las letras catalanas, corona espléndida del Renacimiento catalán: puede reclamar como suyos los laureles de la fiesta de Colonia, la tierra clásica de los Juegos Florales; Barcelona era la señora de nuestros pensamientos, la reina de nuestros himnos fascinadores: hemos recordado la memoria del inolvidable campeón de Cataluña, el Dr. Bartolomé Robert, arrebatado á la ciencia y á la política por la despiadada muerte, el noble varón que en 1899 sirvió de lazo de unión entre Barcelona y Colonia ofreciéndonos una magnífica cinta, el médico insigne que devolvió á Cataluña á su vate predilecto, Jacinto Verdaguer, para que pudiese depositar en los altares consagrados á la Virgen flores de mayo. Hemos enviado un abrazo fraternal al presidente de los Jochs Florals de Barcelona, el inspirado autor del canto á la raza latina, Francisco Matheu, y hemos brindado por el joven rey de España, deseando que su reinado sea feliz, más duradero que el de su malogrado padre, el rey caballeresco D. Alfonso el Pacificador, y sea rico en hechos gloriosos, en hechos que son la pluma de oro que escribe la historia de los pueblos con caracteres divinos, porque los hechos son el lenguaje de Dios.

No necesitamos describir otra vez el grandioso espectáculo que presenta el salón del Gürzenich al

celebrarse el primer domingo de mayo los Juegos Florales, escuchándose con deleite, como dice bien el Sr. Goteva Ravassa en la poesía laureada con la flor natural en los Juegos Florales de Sevilla:



LA PRINCESA FEDERICO DE SAJONIA-MEININGEN, reina de los Juegos Florales de Colonia, 1902 (de fotografía de W. Hoffert)

cánticos bellos de gaja ciencia, en cuyas rimas los trovadores á Dios elevan su inteligencia, cantan la patria de sus mayores y son las musas de su existencia, los gratos sueños de sus amores.

¡A tales fiestas, honor egregio!  
Reinando en ellas como una diosa  
entre las flores de trono regio,  
sus gracias luzca mujer hermosa.  
¡Ellas! El brillo de sus miradas  
luz es del arte, numen del verso;  
ellas, las notas más inspiradas  
son en el himno del Universo.

Admirábase en el vasto salón adornado de banderas y flores un cielo de mil mujeres: la hija del alcalde de Colonia, rodeada de veinticuatro jóvenes, sentada en trono regio como representante de la reina de la fiesta, la princesa Federico de Sajonia-Meiningen; tres hermosas arpistas en cuyas manos el arpa era un ser con alma produciendo mágicos efectos en la composición del mallorquín D. Miguel Capllonch, sirviéndole de texto una poesía de Carmen Sylva.

Uno de los últimos actos de la reina regente de España consistía en enviarnos un afectuoso saludo; no impidió el duelo causado por el fallecimiento de su padre el rey D. Francisco á la infanta doña Paz, nuestra adorada reina de la poesía en 1901, dirigirnos una cariñosa carta y entregarnos un premio extraordinario, y premios extraordinarios nos brindaron también la reina de la fiesta, el gobernador de la provincia del Rhin y la ciudad de Colonia, que ya se ha enamorado de su fiesta primaveral é irradia luz y alegría en sus queridísimos Juegos Florales.

Lo que en 1899 parecía una empresa difícilísima y arriesgada, el implantar en la metrópoli del Rhin la fiesta del Llobregat, ya es realidad brillante. El genio de nuestros Juegos Florales parecía tímido en el primer año de su existencia, pero ya es lozano y risueño como el que más.

En los numerosos saludos poéticos que recibimos de todas partes no faltaba Barcelona, remitiéndonos una preciosa poesía catalana el simpático redactor de *La Joventut*

D. Rafael Nogueras y Oller.

La mayor parte de los poetas laureados residen en Colonia ó Berlín, en Dresde ó Leipzig. Dos poetisas son hijas de la encantadora Viena, donde sueña la sugestiva música de los valsos de Strauss, y un



GRUPO DE SEÑORITAS QUE FORMARON LA CORTE DE AMOR EN LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA, 1902

novelista premiado habita el país de los Faraones. Los premios extraordinarios que el «Felibrige latin» dispensó por primera vez á los proscritos de Francia y Piemont que desde hace dos siglos tienen un asilo en Wurtemberg, dió una nota característica á los Juegos Florales de 1902.

JUAN FASTENRATH.

\* \*

MONUMENTO

Á LA REINA VICTORIA EN CALCUTA

Recientemente se ha inaugurado en la capital de las Indias inglesas el monumento que el adjunto grabado reproduce y que es obra del notable escultor, miembro de la Real Academia de Londres, Mr. Jorge J. Frampton.

El acto de la inauguración, presidido por el virrey lord Curzon, revistió gran solemnidad, habiéndolo presenciado una multitud extraordinaria y habiendo concurrido á él toda la guarnición de Calcuta y gran número de voluntarios. En el acto de descubrirse la estatua se disparó una salva de 101 cañonazos.

El monumento se levanta en el Red Road, delante del palacio del gobierno, y representa á la reina Victoria sentada en el trono y vestida de los atributos reales.

\* \*

FERROCARRILES ELÉCTRICOS

DE MILÁN

La multiplicación de vías férreas de tracción eléctrica tiene especial importancia en los alrededores de las aglomeraciones muy pobladas, pues este sistema de tracción se acomoda perfectamente á las necesidades de los arrabales y de los suburbios de una gran ciudad, proporcionando los medios de poner en circulación convoyes tan numerosos como se quiera. Sin entrar en detalles técnicos, recordaremos que desde el momento en que se dispone de una estación central eléctrica que distribuye la corriente á lo largo de la línea férrea, cuesta muy poco aumentar el número de coches que toman simultáneamente la corriente de los conductores.

Desde hace dos años realizanse en este sentido interesantísimas tentativas en Milán y en la comarca industrial que rodea á esa ciudad. Por la línea Milán-Monza circulan trenes ó por lo menos carruajes cuya

fuerza motriz se obtiene por medio de acumuladores, y en la actualidad se está preparando la introducción de trenes eléctricos en la línea Milán-Gallarate y en los tres ramales que, partiendo de Gallara-

te, se dirigen á los lagos Mayor, Varese y Lugano y terminan en Arona, Laveno y Porto Ceresio. Estos tres ramales, cuya longitud es de 25, 30 y 33 kilómetros respectivamente, son más bien ferrocarriles de montaña con pendientes de 20 por 100 y servirán particularmente para el servicio de los turistas durante el verano y el otoño. En cuanto á los 40 kilómetros de Milán á Gallarate, constituyen una importante arteria en un país muy poblado y serán recorridos por un gran número de pequeños trenes-omnibus y también por un servicio especial de trenes expresos que sin pararse salvarán en 30 minutos la distancia entre aquellas dos poblaciones. En aquella región, el carbón es muy caro; pero en cambio abundan los saltos de agua, disponiéndose del río Ticino, que proporcionará una fuerza de 11.000 caballos. Actualmente se va á construir la estación hidro-eléctrica de fuerza motriz, y mientras ésta se termina funcionará una estación provisional de vapor. La corriente eléctrica se producirá en la estación á una tensión de 12.000 á 13.000 voltios, y esta corriente será transformada en continua. Los vagones que circulen por la vía férrea tomarán la corriente de un tercer riel dispuesto paralelamente á la línea. Cada uno de estos vagones, de 18 metros de largo por cuatro de alto y tres de ancho, estará dividido en compartimientos de primera y segunda clase á fin de que por sí solo pueda constituir un tren. La capacidad de los coches motores será para setenta y cinco personas y la de los remolcados para noventa. — D. B.



MONUMENTO ERIGIDO EN CALCUTA Á LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA, obra de Jorge J. Frampton

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN por autores ó editores

EL DRAMA WAGNERIÁ, por Houston Stewart Chamberlain, traducción de Joaquín Pena. — Interesantísimo estudio de la teoría del drama wagneriano y análisis acabado de cada una de las obras del inmortal maestro, á quien el autor califica de uno de los más grandes poetas de la humanidad. La traducción al catalán está muy bien hecha. El libro, publicado por la «Associació Wagneriana de Barcelona», consta de 222 páginas y se vende á tres pesetas.

CAÍN Y ARTEMIO, por Máximo Gorki, traducción de A. Riera. — Colección de novelas cortas del popular escritor ruso, cuyas obras no sólo agradan por su argumento, sino que obligan á pensar por la trascendencia que en el fondo entrañan. Un tomo de 253 páginas que forma parte de la Biblioteca que con tanto éxito publica el conocido editor barcelonés D. Luis Tasso. Precio, una peseta.

EL CONSULTOR FERROVIARIO, por D. Jesús Jiménez. — Obra de gran utilidad para el comercio y en general para todas aquellas personas que hayan de utilizar los medios de transporte por los ferrocarriles de España, basada en la legislación vigente del ramo. Contiene las disposiciones referentes á los servicios de viajeros y mercancías, debidamente comentadas y con útiles consejos. Un tomo de 98 páginas impreso en Madrid en la imprenta de Ambrosio Pérez y C.º Precio, una peseta.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista Comercial Hispano-Americana, mensual ilustrada; Crónica de Barcelona, semanal; La Opinión Postal, tres veces al mes; España Cartófila, mensual ilustrada; Boletín de la Tarjeta postal ilustrada, mensual; La Medicina Científica en España, mensual; Revista Homeopática Catalana, mensual; Luz, mensual ilustrada; El protector, mensual (Barcelona); La Lectura, mensual ilustrada; Revista Contemporánea, quincenal; La Fotografía, mensual ilustrada; Sol y sombra, semanario tau-rino ilustrado (Madrid).

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. — Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

**PÍLDORAS  
MOUSSETTE**  
Neuralgias,  
Jaqueca,  
Ciática.

GLIN y GOMAR — PARIS  
En todas las Farmacias.  
650

◀ ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE ▶  
Curadas por el Verdadero  
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

**Venta annual de los Productos Nestlé**  
39 millones de botes.

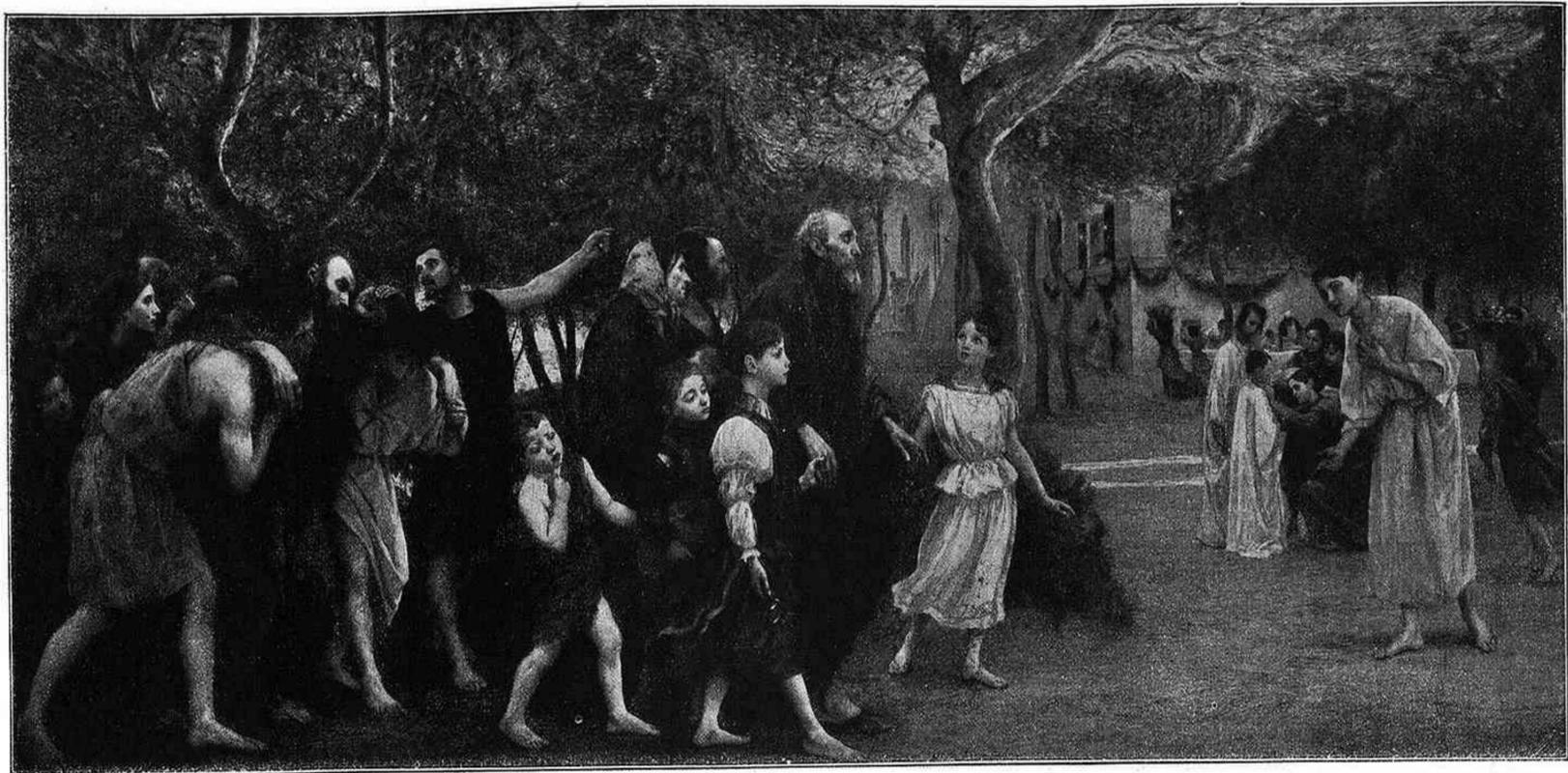
**Harina Lacteada**

**NESTLÉ**

ALIMENTO COMPLETO  
para Niños y Viejos.  
Contiene la Leche pura de Suiza.

Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.

**PATE EPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILLOVE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



INVITACIÓN Á LA FIESTA (EVANGELIO DE SAN MATEO, CAP. XXII), cuadro de Eugenio Burnand

**PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL D<sup>o</sup> DE LABARRE

**AVISO Á LAS SEÑORAS**

**EL ANIOL DE LOS DRES JORET-HONOUE**

CURA  
 LOS DOLORES, RETARDOS,  
 SUPPRESSIONES DE LOS  
 MENSTRUOS

M<sup>o</sup> C. SÉGUIN - PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las  
 Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
 DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
 DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**PILDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de  
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PILDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de  
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PILDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de  
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**ENFERMEDADES DE ESTOMAGO**  
**PASTILLAS y POLVOS PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 Reales.  
 Exigir en el rotulo a firma  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**LA SAGRADA BIBLIA**  
 EDICIÓN ILUSTRADA  
 á 10 centimos de peseta la entrega de 16 páginas  
 Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Dres. Montaner y Simón, editores

**Jarabe Laroze**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

**JARABE al Bromuro de Potasio**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S<sup>o</sup>-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>o</sup>, 9, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
 Exigir la Firma WLINSI.  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
**HEMOSTÁTICA**  
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.